

## NUEVAS PERSPECTIVAS EN TORNO A LA REVOLUCION MILITAR DE SEPTIEMBRE DE 1924\*

MANUEL RAMÍREZ ESPÍNDOLA\*\*

### RESUMEN

El presente artículo es un extracto del seminario de título inédito, "Los militares, la política y el conspiracionismo en Chile, 1924-1932" (Universidad de Concepción, 2004). Allí se analizan los principales movimientos conspirativos al interior de la oficialidad militar entre 1924 y 1925, así como las repercusiones socio-políticas que éstos han tenido hasta la actualidad.

**Palabras claves:** Conspiracionismo, militares y política.

### ABSTRACT

This article is a seminar extract from an unpublished title, "The military, the politics and the conspiracionism in Chile, 1924-1932" (Universidad de Concepción, 2004). On there, the main conspiracy movements are analyzed towards the interior of the officially military parties between 1924 and 1925, as well as the socio-political repercussions had until nowadays.

**Keywords:** Conspiracionism, military and politics.

"Quien siembra vientos cosecha tempestades", dice un sabio refrán. Muchos años antes de 1924, la brisa del descontento había comenzado a agitar el alma nacional. Algunos golpes de viento, cada vez más fuertes, se hicieron sentir en 1907, 1912 y 1919. Los vaivenes de la nave del Estado eran, de un año a otro, más y más pronunciados. En los comienzos de 1924, desencadenado el huracán de las pasiones políticas, nos encontrábamos obligados a correr el temporal en una embarcación que hacía agua por todas partes. ¿Quién había provocado la tormenta? ¿El Presidente? ¿El Congreso? ¡En realidad, todos! Un régimen se hundía. Nuestro gobierno parlamentario no era, en 1924, sino el mascarón de proa de un barco carcomido por la corruptela política y administrativa, sobrecargado de odios y de ambiciones...

Carlos Sáez, *Recuerdos de un soldado*.

A ochenta años de la revolución militar que cambió para siempre la visión del "Estado en forma", aún no existe un análisis completo de la significancia y repercusiones que dicho proceso trajo al desarrollo socio-político del Chile contemporáneo. Quizás, aun influenciados por las lógicas impuestas hace tres décadas, nuestros historiadores no han llegado a un consenso respecto a este período, obviando así la naturaleza de estos movimientos al optar por el ensombrecimiento y la mitificación de los agentes, lo que sin duda requiere una profunda revisión que nos permita comprender fenómenos estrechamente una profunda revisión que nos permita comprender fenómenos estrechamente relacionados, y que son precisamente los que embaucan a las actuales generaciones sin un resultado fértil.

A continuación ofrecemos una interpretación alternativa de los principales procesos que determinaron la po-

\* El presente trabajo corresponde a un extracto de la tesis inédita del mismo autor, "Los militares, la política y el conspiracionismo en Chile, 1924-1932". Universidad de Concepción, abril de 2004.

\*\* Profesor de Historia y Geografía. Académico Universidad Bernardo O'Higgins.

lítica de los años veinte, sometiéndonos a un numeroso material documental e historiográfico que nos permita dilucidar la naturaleza y características que asumen los movimientos político-militares de cara al siglo XX.

Pretendemos con ello poder sacar a la luz la participación de actores ciertamente relevantes en los procesos históricos, los que muchas veces pasan por alto a las investigaciones, centradas fundamentalmente en procesos, y no en actores directos, tal como lo ofrecemos aquí para el análisis crítico de los lectores.

## 1. EL MOVIMIENTO MILITAR DE SEPTIEMBRE DE 1924

### 1.1. Antecedentes

Entre 1891 y 1920 asistimos a uno de los experimentos más singulares de la política chilena: el parlamentarismo. Tanto su naturaleza como sus repercusiones determinan el curso de los acontecimientos hacia una coyuntura ciertamente conflictiva y rupturista, que amenazaba con derrumbar las últimas paredes del viejo edificio oligárquico-conservador.

Las consecuencias que trajo consigo la instauración del proyecto político alessandrista, se tradujeron así en una honda crisis socio-política entre el bloque aliancista y la opositora Unión Nacional, manifestación de una lucha más profunda que abarcaba todas las esferas del acontecer nacional.

Desde 1920, nuestro país venía afrontando una aguda situación económica, que se aceleró tras la crisis salitrera que asoló a la pampa en 1921, provocando un déficit total de las arcas fiscales. De igual manera, se desarrollaba una seria crisis política, auspiciada desde los cetros parlamentarios de la oposición, así como por una serie de actuaciones poco decorosas por parte de los círculos políticos alessandristas, los que fueron mediáticamente conocidos como la "execrable camarilla".

El hecho es que a partir de estas y otras disputas, surgieron una serie de recriminaciones, imputaciones y desmentidos, que no solucionaron para nada la frágil situación socio-política, sino que por el contrario terminaron desprestigiando aún más la carrera política hacia un desprecio generalizado por todos los partidos, fuesen éstos de Gobierno u oposición. Sin duda, que ésta fue la primera base del descontento social prerrevolucionario, y la justificación profunda para el uso de vías extraparlamentarias en la depuración total del sistema<sup>1</sup>.

A fines de 1923 se producía la primera crisis palpable de esta situación, luego de que falleciera el senador por Ñuble José Pedro Alessandri, hermano del Presidente. Tanto la cercanía familiar del difunto, como de las elecciones parlamentarias de marzo de 1924, hicieron de este tema un arrebatado conflicto entre el Presidente y el Parlamento, que no culminó sino hasta mediados de enero, cuando quedaba en juego la propia institucionalidad política de la República, al igual que en 1891<sup>2</sup>.

Durante aquella jornada, el Presidente había saltado nuevamente a la arena política, esta vez agitando las ciudades del sur a través de una campaña de apoyo parlamentario, en diciembre de 1923. La no solución del conflicto por la sucesión parlamentaria de su hermano llevó a que la oposición presionara en el retraso de las Leyes Periódicas, lo que terminó con las sesiones del Congreso clausuradas y el abandono policial de la capital —ordenado por el Mandatario—, lo que dejó a Santiago a merced de los vándalos, en una clara muestra del grado de violencia y radicalismo en el que caía el jefe del Poder Ejecutivo<sup>3</sup>.

Finalmente, preponderaba la escasa cordura política que aún quedaba, llegando por fin a un acuerdo entre ambas partes luego de cuatro años de duros enfrentamientos. En dicho pacto, el Gobierno solicitaba la aprobación de una serie de proyectos y reformas constitucionales que permitiesen conseguir el logro de su inacabado programa, a su vez que la oposición pedía el compromiso de un Gabinete mixto, la depuración de ciertas intendencias acusadas de fraude electoral y fundamentalmente la imparcialidad del Gobierno en las elecciones de marzo. De esta forma, el 1 de febrero juraba el nuevo Gabinete y el 9 del mismo mes eran despachadas las reformas solicitadas por el Gobierno, gestionándose así la remoción de las intendencias proyectadas en el acuerdo<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Alessandri, agitador y demoleedor. Cincuenta años de historia política de Chile*. Editorial Fondo de Cultura Económica. México, 1952. Tomo I. pp. 153-157.

<sup>2</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Historia de Chile (1891-1973)*. 4ª edición. Editorial Zig-Zag. Santiago, 2001. Volumen III. p. 324.

<sup>3</sup> Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. pp. 353-354.

<sup>4</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Recuerdos de un soldado*. Biblioteca Ercilla. Santiago, 1933. Tomo I. p. 57.

<sup>5</sup> En aquella ocasión, los intendentes acusados de intervención fueron los de Ñuble, Malleco, Llanquihue y Chiloé, junto con el gobernador de Curepto.

Sin embargo, quienes pensaban que ésta era la feliz solución a la crisis política estaban completamente equivocados. Como parte de un conflicto mucho más profundo, que descansaba en los orígenes mismos del parlamentarismo, se sucedían las primeras bofetadas al acuerdo. Alessandri era descubierto auspiciando la violencia física contra miembros de la Unión<sup>6</sup>, a la vez que se oponía a concretar las medidas acordadas relacionadas con las intendencias en aras de resguardar las elecciones parlamentarias.

El alessandrismo infligía un duro golpe estratégico a la oposición. De partida, eran aprobadas las bases constitucionales para el reformismo, a la vez que quedaban disueltos todos los pactos, de tal forma que se abría la puerta ancha al intervencionismo electoral de marzo. Mientras, un humillado unionismo enardecía sus ataques frente a la infamia de que habían sido objeto, por parte del mismísimo Presidente de la República.

La primera derrota del unionismo, el 14 de febrero de 1924 (fecha de la disolución del Gabinete), significaba también la derrota espiritual del alessandrismo. Este quedaba totalmente desprestigiado frente a un sector importante de la opinión pública y la ciudadanía, que no deseaba juegos sucios, ni estaba dispuesta a seguir tolerando los vicios de la política; tal era el caso de las Fuerzas Armadas<sup>7</sup>.

Las elecciones parlamentarias del 2 de marzo se convertirían en el símbolo mítico del intervencionismo gubernamental y los vicios electorales, tal cual lo recordaron durante décadas los contemporáneos de este histórico hecho. Caracterizadas por la violencia, surge en ellas un elemento importante, y que es la primera imagen política de temor frente a la oficialidad, la que en esa fecha actuó activamente a favor del alessandrismo, reprimiendo el cohecho, paralizando votaciones, salteando mesas de escrutinios, o bien, apremiando a los políticos unionistas que se atreviesen a enfrentarlos.

Entre los oficiales acusados aparecen nombres significativos por su participación política posterior. Tal es el caso de las elecciones en Curicó y las acciones del teniente Alejandro Lazo, brazo derecho del mayor Carlos Ibáñez del Campo<sup>8</sup>.

Tras el término de la jornada electoral, los resultados arrojaban como vencedor absoluto al alessandrismo, el que por fin conseguía la añorada homogeneidad en ambas cámaras, necesaria para tener el control político de la situación<sup>9</sup>.

Las repercusiones de la intervención electoral no se hicieron esperar. La Unión procedió a denunciar públicamente y ante tribunales, la actuación represiva e inescrupulosa por parte de los oficiales de Ejército, muchos de los cuales fueron efectivamente procesados.

Con esto, la oposición jamás reconoció legalidad del triunfo aliancista, señalando que dicho Parlamento era espurio, no asistiendo a la sesión inaugural y denunciando en reiteradas ocasiones dicha situación, de tal manera, que con dichas actuaciones justificaba cualquier pronunciamiento militar contra el Gobierno —a su juicio— inconstitucional<sup>10</sup>.

En este sentido, las secuelas del 2 de marzo se tradujeron fundamentalmente en el fin de toda mediación política y la puesta en marcha de los primeros proyectos conspirativos al interior de la sociedad civil y militar.

<sup>6</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. pp. 153-157.

<sup>7</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 62.

<sup>8</sup> Cfr. Vicuña Fuentes, Carlos. *La tiranía en Chile*. 4ª edición. Ediciones LOM. Santiago, 2002. pp. 176-177.

<sup>9</sup> Los resultados de los comicios parlamentarios del 2 de marzo de 1924 —por partidos políticos— ofrecen el siguiente cómputo:

ALIANZA LIBERAL	CAMARA	SENADO
Radicales	44	11
Liberales aliancistas	12	5
Liberal-demócraticos aliancistas	6	2
Democráticos	12	4
Nacionalista independiente	—	1
Nacional Aliancista		1
<b>Total</b>	<b>74</b>	<b>24</b>
<b>UNION NACIONAL</b>		
Conservadores	23	7
Liberales unionistas	7	3
Liberal-democrático unionistas	10	2
Nacionales	4	1
<b>Total</b>	<b>44</b>	<b>13</b>

<sup>10</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. p. 374.

## 1.2. Los actores

A través del movimiento militar de septiembre de 1924 confluyeron diferentes fuerzas socio-políticas que trabajaron indistintamente para el logro de sus objetivos. Esta diversificación de intereses habría repercutido firmemente en que el peso de las circunstancias terminara imprimiendo un rumbo totalmente distinto al que estas mismas fuerzas esperaban.

A continuación, examinaremos cada una de estas tendencias y sus proyecciones en el movimiento militar de septiembre.

### La conspiración unionista

Las consecuencias que trajo consigo la crisis parlamentaria del período enero-marzo de 1924 se tradujeron en el giro político del unionismo, ya en un sentido claramente conspirativo y de conquista del poder del Estado.

Las poderosas familias de la oligarquía familiar y bancaria no se resignan con la pérdida del poder. Saben que a pesar de sus reclamos eleccionarios no recuperarán la mayoría parlamentaria. No hay otra posibilidad, estiman, que el apoyo del ejército. Hay que captar oficiales jóvenes y halagar, en lo que la alta clase es, por generaciones técnica y experimentada<sup>11</sup>.

De esta forma, entre marzo de 1924 y enero de 1925 se suceden una serie de proyectos conspirativos en sus esferas civiles y militares, cuya finalidad era la de erradicar al alessandrismo y finalmente devolver el Estado a su "curso natural" del período oligárquico parlamentario.

En el plano civil, se suceden los primeros conciliábulos entre eminentes figuras del unionismo: Manuel Rivas Vicuña, Alejandro Rengifo, Ladislao Errázuriz, Ismael Edwards, Enrique Matta, Conrado Ríos, Germán Riesco, Francisco Bulnes, Ramón Sanz, Santiago Pérez y Oscar Dávila, con la finalidad de planificar una acción directa contra el régimen<sup>12</sup>. Allí surge la idea de Rivas Vicuña de crear algunas sociedades secretas —como "La Cabaña"—, las que, no obstante, fracasaron frente al escaso compromiso de sus miembros. Diferente fue la suerte de Oscar Dávila, reconocido jurista y académico conservador, a quien se le atribuye la autoría de una de las primeras organizaciones secretas que efectivamente funcionaron al interior del unionismo: La TEA<sup>13</sup>.

Esta fue una organización secreta de carácter civil, originada a comienzos de 1924 como una fuerza de choque contra el alessandrismo. El número de sus adherentes se presume entre los 1.500 a 2.000 jóvenes<sup>14</sup>, reclutados mayoritariamente en los círculos del clericalismo y el conservantismo, mientras que sus influencias las hallamos fundamentalmente en el desarrollo del fascismo italiano<sup>15</sup>, que sirvió de modelo a numerosas agrupaciones políticas y civiles de aquellos años, caracterizándose por acciones de sabotaje y principalmente actividades de tono burlesco, a connotados personajes públicos de la sociedad capitalina.

Pese a la considerable influencia que pareció tener, la agrupación no parece haber prosperado más allá de estos actos. De hecho, su líder, Oscar Dávila, no poseía mayor nexos con la organización, aduciendo que su principal inspirador fue en realidad su lugarteniente —el joven dirigente Jorge González von Marées— conocido años más tarde como el líder del nacismo (sic) chileno.

Una segunda vertiente conspirativa de signo conservador provino de los nexos cívico-militares frente al alessandrismo. Vuelven a aparecer los nombres de connotados políticos unionistas, quienes comenzaron a gestionar el desarrollo de un movimiento militar que derrocara al Gobierno; "Francisco Huneeus y Ladislao Errázuriz, ayudados por el general Contreras Sotomayor, se pusieron en contacto con los generales Altamirano y Bennett, con los almirantes Gómez Carreño y Soubllette, y con diversos civiles, entre ellos con Guiller-

<sup>11</sup> Aldunate Phillips, Raúl. *Ruido de sables*. Santiago, 1969. p. 21. Citado en: Ramírez Necochea, Hernán. *Las Fuerzas Armadas y la política en Chile (1810-1970)*. Editorial Casa de Chile en México. México, 1984. p. 138.

<sup>12</sup> Cfr. Rivas Vicuña, Manuel. "Memorias, 1924-1925". Documento inédito. Citado en: Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 353.

<sup>13</sup> Respecto al desarrollo y características de la TEA, véase entre otras obras: Gómez Ugarte, Jorge. *Ese cuarto de siglo... Veinticinco años de vida universitaria en la A.N.E.C. 1915-1941*. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1985. pp. 27-32; Vicuña Fuentes, Carlos. *Op. cit.*, pp. 78-79; Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. p. 377.

<sup>14</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 355.

<sup>15</sup> Cfr. Gómez Ugarte, Jorge. *Op. cit.*, p. 27.

mo Rivera, Pedro Bannen y Roberto Huneeus, y empezaron a mover la opinión pública y a comprometer a diversos comandantes y oficiales de los cuerpos de las guarniciones de Santiago y Valparaíso. Mientras tanto, mediante la tribuna parlamentaria y las columnas de la prensa, se mantuvo a la opinión en estado de viva inquietud<sup>16</sup>.

De esta manera, se logró constituir una extensa red de influencias, que iban desde las tribunas unionistas a los altos mandos de la Armada y el Ejército. De hecho, los conspiradores llegaron a elaborar una "Acta de destitución del Presidente Alessandri"<sup>17</sup>, la cual establecía a grandes rasgos las causas que motivaban la intervención militar —que ya se hallaba prevista para noviembre de ese año— bajo la dirección de los generales Contreras y Altamirano<sup>18</sup>, junto a los almirantes Gómez Carreño y Soublette<sup>19</sup>.

### Alessandri y los cuarteles

Desde mucho antes de 1924, el "León" venía manteniendo una relación muy estrecha con el Ejército y su oficialidad. Ya en su niñez, el contagio mítico que tuvo para él la Guerra del Pacífico le habría infundido un fuerte sentimiento patriótico y una admiración por el Ejército que mantuvo siempre presente en sus actuaciones políticas contemporáneas<sup>20</sup>.

De esta manera, la temprana relación entre Alessandri y los militares se fue consolidando cada vez más en el tiempo, primero a través del apoyo parlamentario que éste les brindó en la discusión de las leyes militares<sup>21</sup>, luego dispensando una atenta consideración hacia la oficialidad, hasta finalmente caer en el propio plano conspirativo en 1919, durante el denominado Complot de Armstrong, donde actuó como coautor del proyecto y luego como restaurador de los fueros conmutados a los oficiales implicados<sup>22</sup>. Incluso, mientras se desarrollaba el proceso judicial a los inculcados de tan polémico hecho, la oficialidad le había prestado una valiosa colaboración en la conformación del "Tribunal de Honor" (1920), que terminó avalando el triunfo del candidato aliancista<sup>23</sup>.

Sin duda, dicha labor no habría sido posible sin la ayuda estratégica que le brindaron algunos oficiales de alta graduación —v. gr. los generales Luis Brieba, Luis Altamirano y el comandante Alfredo Ewing—, así como un numeroso contingente de oficiales jóvenes o de bajo rango; era el caso de Gaspar Mora, Sócrates Aguirre, y muchos otros soldados, que vieron en su trato amable y el fuego de sus discursos, la posibilidad cierta de una regeneración política y una dignificación de la carrera militar<sup>24</sup>. Gracias a éstos, Alessandri fue apoyándose cada vez más en el Ejército como una forma de consolidar su mando presidencial y a su vez infundir temor a la clase política parlamentaria.

Así ocurrió efectivamente. Bajo la crítica situación política que acaecía el 31 de diciembre de 1923 —y que como vimos— amenazó con expandirse en una nueva dictadura y guerra civil. Ese día, tras el retorno de su gira por el sur, el caudillo fue invitado a un almuerzo de graduación en la Escuela de Caballería —precisamente liderada por el mayor Carlos Ibáñez del Campo<sup>25</sup>— desde donde lanzó acaloradas frases en pos de una participación militar en su Gobierno: "El Presidente de Chile está gastando toda la energía de que es capaz —dijo en una parte de su discurso— llevado por el amor sincero que siente por su patria, para enseñar a los que tienen la responsabilidad de este momento histórico a la ruta que deben seguir, para pedir, para implorarles o para imponerles la acción salvadora que evite los escollos a donde va a estrellarse la nave del Estado"<sup>26</sup>.

<sup>16</sup> Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. p. 373.

<sup>17</sup> Cfr. Monreal, Enrique. *Historia documentada del período revolucionario 1924-1925*. Imprenta Nacional. Santiago, 1929. Tomo II. pp. 232-234.

<sup>18</sup> Respecto a la figura del general Altamirano, se ha discutido mucho sobre su participación directa en el complot unionista. De ahí, que las fuentes apunten a confirmar su parte, o por lo menos su complicidad con los hechos, tal como lo demostró su actuación ulterior en la Junta de Gobierno junto a otros conspiradores reconocidos, como el almirante Gómez Carreño y el general Bennett. Al respecto, véase: Vicuña Fuentes, Carlos. *Op. cit.* p. 182; Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. pp. 356-357.

<sup>19</sup> Cfr. Mayorga, Wilfredo. *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. "Del cielito lindo a la patria joven"*. Recopilación de Rafael Sagredo. Ediciones DIBAM. Santiago, 1998. p. 183; Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 357.

<sup>20</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. pp. 16-17.

<sup>21</sup> *Ibid.* Tomo I. Volumen II. p. 815.

<sup>22</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 48.

<sup>23</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 133; Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 49.

<sup>24</sup> Cfr. Mayorga Wilfredo. *Op. cit.* p. 63.

<sup>25</sup> En 1920, Carlos Ibáñez del Campo se desempeñaba como prefecto policial en Iquique, donde manifestó una inusitada efervescencia política durante la candidatura alessandrista. De hecho, en los círculos militares —y en su propia designación al norte— influía la imagen que se tenía de él como un "hombre de izquierdas". De ahí que —el ahora Presidente— hubiese decidido contar con su ayuda al trasladarlo como director de la Escuela de Caballería en 1923.

<sup>26</sup> Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. pp. 60-61.

Sin embargo, la estela demagógica y discursiva que asumió su mandato –más que una salvaguarda– fue configurando un escenario de relaciones adverso al interior de los políticos aliancistas y en mayor medida en las filas de la propia oficialidad.

Así lo señalaba el general Carlos Sáez, uno de los mayores exponentes de la oficialidad joven que se levantó en septiembre de 1924:

En 1920, el señor Alessandri era una hermosa esperanza para los que anhelábamos aquello que, ingenuamente, llamábamos la “regeneración del país”. En 1924, era una triste realidad. La tarea había resultado superior a las fuerzas, y, en cambio, habíamos perdido el respeto por el principio de autoridad. Fue éste un mal, pero del exceso del mal suele a veces provenir el bien<sup>27</sup>.

### La joven oficialidad militar

El profundo sentimiento de malestar que comenzó a hacerse sentir al interior de la oficialidad derivaba de cuestiones muy diversas que tienen mucha relación con la difícil situación profesional, económica y sociocultural en la que se encontraban; un panorama que ciertamente se vio aún más agravado tras la decepción generalizada que provocó la administración alessandrista: “(...) La oficialidad vivía en sus cuarteles, pero no encamada, divorciada del mundo exterior. Se daba cuenta de lo que ocurría; sabía de los escándalos administrativos, muchos de ellos atribuidos (...) ‘a los amigos íntimos del Presidente’ (...)”<sup>28</sup>.

Una de las pocas esperanzas que aún alimentaba a los oficiales jóvenes era la pronta aprobación de las “Leyes Militares”. Estas habían esperado en el Congreso todos esos años, hasta que por fin la nueva cámara aliancista de marzo de 1924 daba las garantías necesarias para una rápida legislación. Sin embargo, en esta fecha tampoco fueron aprobadas. Ni los esfuerzos del ministro de Guerra –el general Luis Brieba– ni los del propio Presidente de la República, fueron suficientes, provocando la renuncia del primero y su sustitución por el capitán (r) Gaspar Mora y sin cambiar absolutamente en nada la difícil situación.

Todas estas circunstancias –sumadas a la abyecta coyuntura que representaba la aprobación de una Ley de “Dieta Parlamentaria”– provocaron inexorablemente la manifestación directa de este malestar a través de una serie de actos de repudio en las gradas del Parlamento, conocidos a través de la historia contemporánea como el llamado “ruido de sables”:

Los oficiales que la noche del 2 de septiembre concurrieron al Senado estuvieron muy lejos, como he dicho, de imaginarse la trascendencia política que iba a tener ese paso. Ellos no representaban ninguna corriente partidista. Querían simplemente, protestar con su presencia del acto que se iba a consumir<sup>29</sup>.

Este tipo de manifestaciones no representaban la expresión de un “movimiento”, ni tampoco poseían la fuerza necesaria para ejercer una influencia tan decisiva como la que posteriormente tuvieron. De ahí que no debamos desconocer que –como en todo proceso revolucionario– han de existir ciertos círculos o personajes que de por sí lideran las corrientes de opinión y empujan los hechos hacia fines determinados.

Tal es el caso de un compacto grupo de oficiales –en su mayoría, miembros activos de la masonería– quienes comenzaron a tomar el control de la situación y a desvincularse paulatinamente de la influencia alessandrista y unionista.

Un primer ejemplo es el del comandante de carabineros Alfredo Ewing, conocido miembro de la masonería –hermano carnal del Gran Maestre Guillermo Ewing– y de destacada participación en los círculos alessandristas y posteriormente en el movimiento militar de septiembre. Su alto rango, así como su cercanía con el Presidente, harán de él una pieza importante de los hechos políticos acaecidos en septiembre de 1924, al igual que en su posterior marginación en 1925.

Otro ejemplo significativo es el que ofrece el grupo de oficiales de la Escuela de Caballería –encabezado por Carlos Ibáñez del Campo, junto a un selecto equipo de colaboradores como Alejandro Lazo, Oscar Fenner y Mario Bravo–, quienes irán dando la pauta de las principales decisiones surgidas al interior del movimiento militar.

<sup>27</sup> Ibid. p. 67.

<sup>28</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 65.

<sup>29</sup> Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 69.

Igual papel desempeñaron otros oficiales, como Marmaduque Grove<sup>30</sup>, Carlos Sáez, Bartolomé Blanche, Carlos Millán y Luis Bari, en el sentido de representar las voluntades de la oficialidad e ideologizar al movimiento, elevándolo de las esferas reivindicatorias hacia un plano cualitativamente superior.

### 1.3. Los hechos

A continuación, realizaremos una breve descripción de los principales acontecimientos que fueron estructurando el movimiento militar, de tal manera de poder esclarecer su posterior análisis.

2 de septiembre: En el Senado se realiza la última sesión nocturna destinada a votar la aprobación de la "Dieta Parlamentaria". El debate es seguido desde las tribunas por un grupo de alrededor de 55 oficiales, quienes aplauden y vociferan improperios con gran alboroto, provocando la impaciencia de los parlamentarios. Estos finalmente piden desalojar las galerías. La ley es aprobada, preparando su despacho para el día siguiente.

3 de septiembre: Los periódicos de la capital comentan amenamente los hechos ocurridos la noche anterior. En La Moneda, Alessandri cita a consejo de gabinete donde se procura aplicar sanciones a los oficiales implicados<sup>31</sup>.

La noticia se expande rápidamente por los cuarteles. Se realizan varias reuniones informales, especialmente en el Club Militar, donde se acuerda no claudicar en las manifestaciones como las llevadas a cabo en las tribunas parlamentarias, como una forma de solidarizar con la oficialidad amenazada con la medida de fuerza<sup>32</sup>.

Durante la sesión nocturna del Senado asistió un número mayor de oficiales –alrededor de 200<sup>33</sup>–, quienes aumentaron el nivel de sus protestas mediante duros insultos y el estrepitoso ruido de sus sables. Los parlamentarios comenzaron a impacientarse, mientras que los senadores unionistas atizaban la situación con el beneplácito de los oficiales. La reunión se hizo insostenible, teniendo que hacer desalojar a los manifestantes a través de la mediación del ministro de Guerra, Gaspar Mora, quien a su vez fue duramente replicado por sus camaradas. Finalmente, éstos se retiraron de las galerías haciendo sonar sus sables y dirigiéndose posteriormente al Club Militar, donde continuaron con su concentración. La discusión parlamentaria se centró ahora en el alboroto registrado, exigiéndose una sanción respecto a los oficiales implicados en las protestas; por otra parte se despachó "la dieta".

En el otro escenario, la reunión nocturna en el Club Militar estuvo acompañada por el ministro Mora, quien trató de enmendar lo sucedido, siendo fuertemente increpado por sus ex compañeros de armas<sup>34</sup>.

4 de septiembre: Durante la mañana, los periódicos dieron viva voz a los sucesos de la noche anterior, cargando su opinión en señalar la correspondencia de la actitud militar con la difícil situación por la que atravesaba el país.

En La Moneda, el Presidente Alessandri citó a un nuevo consejo de gabinete para tratar el tema con la presencia del inspector general de Armas, el general Altamirano. Este negó la posibilidad de aplicar sanciones a los involucrados –y ante el estupor de los ministros– señaló su solidaridad con los oficiales, comprometiéndose las partes a dar solución a los problemas que les aquejaban<sup>35</sup>.

En los cuarteles se vivía una profunda ansiedad respecto a la actuación que les correspondería en adelante. Durante la tarde se efectuó un "té" de los tenientes a los capitanes en la sede del Club Militar. Allí asistieron entre 300 a 400 oficiales<sup>36</sup>, quienes comentaron la situación y las medidas a tomar. La noticia de la reunión ministerial fue ampliamente aplaudida por los asistentes, quienes solicitaron la presencia de Altamirano en la reunión. Este concurrió momentos más tarde, ofreciendo un encendido discurso que enfervorizó a la oficialidad, colocándolo automáticamente a la cabeza del movimiento. Entre los asistentes, reapareció el ministro Mora, quien fue violentamente expulsado del Club, con la única defensa del mayor Ibáñez, quien permanecía taciturno en medio de los discursos.

<sup>30</sup> Cabe recordar que ambos –Marmaduque Grove y Carlos Ibáñez– desarrollaron una intensa actividad proselitista a través de charlas dictadas en el Estado Mayor referentes a las Juntas de Defensa españolas y la situación política parlamentaria, las que fueron conocidas por parte importante de la oficialidad, momentos antes de producirse el movimiento revolucionario de septiembre. Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 64.

<sup>31</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 373.

<sup>32</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 72.

<sup>33</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 374.

<sup>34</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 73.

<sup>35</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. p. 379.

<sup>36</sup> Cfr. Mayorga, Wilfredo. *Op. cit.* p. 155; Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 75.

La cita se prolongó hasta altas horas de la noche. Aproximadamente a las 22:00 horas se hizo presente el edecán presidencial, Pedro Alvarez Salamanca, quien señaló la invitación de Alessandri a que un grupo de oficiales fuese a manifestarle sus inquietudes, para lo cual fueron designados el capitán Heraclio Valenzuela y los tenientes Ricardo Contreras y Víctor Pimstein. Una vez en La Moneda, el Presidente les habría señalado la conveniencia de que constituyesen un "Comité Militar", junto con la elaboración de un petitorio con los proyectos más urgentes que necesitase el país. De esta forma, el Presidente invitaba a que juntos presionaran al Parlamento en la aprobación del petitorio, o de lo contrario, clausurasen el Congreso y llamasen a una "Constituyente", con él a la cabeza<sup>37</sup>.

A la salida de La Moneda, el grupo de oficiales se encontró con el mayor Ibáñez, quien por boca de Valenzuela se enteró del plan de crear el Comité Militar así como del petitorio, todo lo cual sería finiquitado en una nueva reunión presidencial, planificada para la tarde del 5<sup>º</sup>.

En el Club Militar, la noticia fue cálidamente acogida por los pocos oficiales que aun permanecían en el lugar, acordándose realizar las tareas propuestas para el día siguiente, cuando hubiese un mayor quórum de asistentes.

5 de septiembre: Durante la madrugada, el mayor Ibáñez se dirigió a la Escuela de Caballería, donde junto al teniente Lazo se encargó de elaborar el petitorio de proyectos presentables al Parlamento, para lo cual buscó el apoyo de otros oficiales, como los tenientes Oscar Fenner (Carabineros) y Mario Bravo (Escuela Militar)<sup>38</sup>. A primeras horas de la mañana, el mayor Ibáñez dirigía un alentador discurso a la oficialidad de la escuela. Ya durante su vejez, el caudillo recordaría:

(...) les hablé a los oficiales de la responsabilidad que asumía el Ejército con el país. Sería necesario, por sobre todo, mantenerse unidos, mostrando desinterés y patriotismo, fuere cual fuere el curso de los acontecimientos. Cuando hablaba, me sentía realmente emocionado, porque en mi íntimo pensamiento comprendía que se jugaba el destino del país. Fui claro porque veía los hechos con realismo<sup>39</sup>.

Durante la mañana, en el Club Militar comenzó a reunirse el conjunto de oficiales comprometidos en el ahora "movimiento". Se procedió a analizar el petitorio elaborado por Ibáñez y Lazo, así como la organización que asumiría el nuevo Comité, o Junta Militar<sup>40</sup>.

Por su parte, el Gobierno había procurado obtener el apoyo de la marinería, frente a las sospechas de movimientos conspirativos dirigidos por el jefe de la escuadra, el contralmirante Luis Soffía. Para ello, se dispuso que el almirante Arturo Acevedo –Jefe del Apostadero Naval de Talcahuano, masón y fiel alessandrista– tomara cartas en el asunto a fin de destituir a Soffía y asumir el control de la escuadra. Sin embargo, las misivas de apoyo enviadas al director general de la Armada –el almirante Nef– resultaron inútiles, pues éste se negó a participar en el plan alessandrista, rechazando duramente las acciones contra el líder de la escuadra<sup>41</sup>.

<sup>37</sup> Sobre esta importante declaración, Alessandri negó siempre toda autoría al respecto. Sin embargo, el capitán Valenzuela hizo público dicho testimonio a través de la obra de Emilio Rodríguez Mendoza, *El golpe de Estado de 1924. Ambiente y actores* (1938), siendo duramente rechazado, tanto por el "León" como por los demás presentes en esa reunión –Alvarez, Contreras y Pimstein–, lo que se puede interpretar como una forma de resguardar la imagen de quien fuese el Presidente de la República en aquel entonces. Así, existen otras versiones del mismo testimonio de Valenzuela, como es la declaración hecha por la Junta Militar, el 30 de noviembre de 1924, junto con los comentarios de Sáez y Monreal, que así lo atestiguan. Al respecto, véase: Alessandri Palma, Arturo. *Recuerdos de gobierno*. Editorial Nascimento. Santiago, 1967. Tomo I. p. 391; Rodríguez Mendoza, Emilio. *El golpe de Estado de 1924. Ambiente y actores*. Editorial Ercilla. Santiago, 1938; Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. pp. 75-76; Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. pp. 380-381.

<sup>38</sup> De acuerdo al relato de Valenzuela, Ibáñez ya se encontraba en La Moneda en el momento en que éstos se disponían a entrevistarse con el Presidente. Luego Ibáñez se contactó con el general Pedro Pablo Dartnell para conseguir una reunión personal con Alessandri. Esa misma noche, adelantó la cita fijada para el 5 en la tarde por una hora más temprano, junto con comprometerse en la elaboración del petitorio y la conformación del Comité Militar. Cfr. Rodríguez Mendoza, Emilio. *Op. cit.* p. 201; Correa Prieto, Luis. *El Presidente Ibáñez. La política y los políticos. Apuntes para la historia*. Editorial Del Pacífico. Santiago, 1962. p. 83.

<sup>39</sup> Cfr. Rodríguez Mendoza, Emilio. *Op. cit.* p. 218. Citado en: Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 382.

<sup>40</sup> Correa Prieto, Luis. *Op. cit.* p. 86.

<sup>41</sup> Este, quedó organizado de la siguiente manera:

Almirantes: Dittborn, Arturo Acevedo; Coroneles: Arturo Ahumada, Fernández Pradel; Comandantes: Salinas, Alfredo Ewing, Bartolomé Blanche, Díaz, Carlos Charpín; Mayores: Emilio Canales, Arturo Mujica, Arturo Puga, Ambrosio Viaux, Del Pozo, Grasset, Carlos Ibáñez, Carlos Sáez, Vergara; Capitanes: Moreno, Oscar Fenner, Aguirre, Armando Vásquez, Cabrera, Toro, Millán, Sócrates Aguirre; Tenientes: Silvestre Urizar, Mario Bravo, Alejandro Lazo, Calvo, Zúñiga y prefecto Carlos Dinator. Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. pp. 172-173; Charlin Ojeda, Carlos. *Del avión rojo a la república socialista*. Editorial Quimantú. Santiago, 1972. p. 36.

<sup>42</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. pp. 379-380; Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. pp. 384-385.

La misma noche del 5, el ministro del Interior, Pedro Aguirre Cerda, citó a consejo a los generales de la Guarnición para solicitarles toda su colaboración a fin de contener las actuaciones de la joven oficialidad. También tomó contacto con algunos personeros civiles, como Santiago Labarca, Enrique Oyarzún y Héctor Arancibia Lazo, quienes formulaban la necesidad de crear un "Frente Unico" de partidos contra el militarismo<sup>43</sup>.

Ya cerca del mediodía del 5, los oficiales concentrados en el Club Militar se dirigieron rápidamente a La Moneda para presentar el petitorio al Presidente. Este los recibió amablemente, tras lo cual, el coronel Ahumada presentó al grupo de oficiales a su mando. Luego, el teniente Alejandro Lazo procedió a exponer la opinión de la oficialidad sobre la grave situación del país, así como las medidas consideradas por éstos para poner freno a la crisis:

1. Reforma de la Constitución del Estado, incluyendo en ésta una reforma que permitiera una "Dieta Parlamentaria";
2. Veto inmediato de la Ley de Dieta Parlamentaria, en trámite en el Congreso;
3. Despacho inmediato de la Ley de Presupuestos;
4. Retiro de los ministros Salas Romo, Enrique Zañartu y Gaspar Mora, de Justicia, Hacienda y de la Guerra, respectivamente, por haber ofendido a la oficialidad en las incidencias ocurridas en el Congreso los días 2 al 4 de septiembre;
5. Despacho inmediato del Código del Trabajo y demás leyes de carácter social;
6. Despacho inmediato de una Ley de Impuesto Progresivo a la Renta;
7. Estabilización de la moneda;
8. Aprobación de una ley para los empleados particulares;
9. Vigencia de la Ley de Recompensa para los sobrevivientes de la Guerra del Pacífico;
10. Reforma de las Leyes Orgánicas del Ejército que no impongan gastos al Fisco;
11. Pago inmediato de haberes insolutos del profesorado primario y demás empleados públicos;
12. Aumento de los sueldos a las tropas de Carabineros, Policías, Marina y Ejército, y
13. Exclusión absoluta y permanente de los miembros del Ejército y Marina de las luchas electorales y de cualquier acto de índole política<sup>44</sup>.

El Presidente señaló su concordancia con los intereses de la oficialidad, así como las dificultades y los plazos a solucionar para llevar dichas medidas a buen término. Fue en ese momento cuando el teniente Lazo le habría dicho: "Nosotros no venimos aquí a pedir, sino exigir", lo cual enfureció en gran manera al "León", quien reprendió duramente a los oficiales, mientras que éstos trataban de apaciguar sus ánimos. Una vez superado el impasse, Alessandri se retiró de la sala haciendo traer a sus ministros del Interior y de la Guerra para que se impusieran del petitorio. Este último aprovechó la oportunidad para presentar su renuncia<sup>45</sup>.

Finalizada la reunión, el gabinete completo renunciaba. Esa misma tarde, el Presidente encomendaba al general Altamirano la confección de un nuevo ministerio, el que juró parcialmente a las 22:00 horas de esedía<sup>46</sup>.

En el Club Militar, la actividad de los oficiales se hallaba en plena efervescencia. A esto se sumaban numerosas manifestaciones de apoyo popular en la alameda, así como otras concentraciones auspiciadas por la Unión a las afueras de La Moneda (frente a *El Diario Ilustrado*) y en el Club Militar, las que duraron hasta altas horas de la noche<sup>47</sup>.

Comenzaba así la revolución...

6 de septiembre: Durante ese día la "Junta Militar" realizó una serie de reuniones en el Club Militar y la Academia de Guerra, donde se trataron varias opiniones referidas a sus próximas actuaciones.

Durante la sesión de la mañana, el coronel Ahumada dimitió su mando en el Comité, aduciendo problemas personales, y proponiendo en su lugar al comandante Bartolomé Blanche. A continuación, el mayor Ibáñez propuso dos medidas: una tendiente a suprimir las diferencias de grado por el compromiso individual, y

<sup>43</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 385.

<sup>44</sup> Monreal, Enrique. *Op. cit.* Tomo I. pp. 64-65.

<sup>45</sup> Respecto a esta entrevista, existen algunas versiones que hacen aparecer a los ministros antes de la frase de Lazo, la que habría sido motivada por los comentarios del ministro Aguirre, sobre el empeño de los jóvenes oficiales. Nuestra versión corresponde al testimonio del general Arturo Ahumada, quien en ese momento era el jefe del Comité Militar y quien dirigía la entrevista con el Presidente, por lo que su grado de veracidad es más fehaciente. Cfr. Ahumada, Arturo. *El Ejército y la Revolución del 5 de septiembre de 1924. Reminiscencias.* Santiago, 1931.

<sup>46</sup> La conformación del gabinete fue la siguiente: Interior: Luis Altamirano; Relaciones Exteriores: Emilio Bello; Hacienda: Francisco Nef; Justicia e Instrucción Pública: Gregorio Amunátegui; Guerra y Marina: Juan Pablo Bennett; Obras Públicas: Angel Guarello.

<sup>47</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. pp. 81-82.

la otra relacionada a participar directamente de los encuentros, y no a través de representantes, lo que lo colocó de inmediato como líder de la oficialidad<sup>48</sup>.

Otro de los puntos tratados fue la disolución del Congreso y la convocación a una Asamblea Constituyente. Surgió la duda de si fuese o no conveniente el pedir la renuncia del Presidente. También se señaló la necesidad de buscar una alianza estratégica con la marinería, para lo cual se designó a los mayores Grove e Ibáñez para que visitaran las bases de Valparaíso y Talcahuano, respectivamente, en busca de adhesiones al movimiento militar<sup>49</sup>.

Por su parte, las calles se llenaron de manifestaciones a favor y en contra de la intervención militar. Estos últimos se hallaban dispersos entre los núcleos estudiantiles y las juntas de los partidos aliancistas. Sectores unionistas trataron de fraguar el desconcierto de los oficiales a través de una serie de llamadas telefónicas e informaciones falsas, tendientes a derrocar al Presidente<sup>50</sup>.

Ya en la medianoche, Alessandri mandó a buscar al coronel Fernández para proponer a la oficialidad que se pronunciara sobre el futuro del régimen civil, llamado que fue rotundamente rechazado por la Junta<sup>51</sup>.

7 de septiembre: Durante aquella jornada dominical continuaron las reuniones de la Junta, esta vez en las instalaciones de la Escuela Militar. Allí se dio cuenta de las labores encomendadas a las diferentes comisiones de trabajo, relacionadas con la aprobación de leyes militares, la disolución del Congreso y el apoyo al Gobierno alessandrista. Esta última moción fue ampliamente polemizada sin llegar a ningún acuerdo al respecto.

En la Armada, las gestiones de Grove e Ibáñez fueron satisfactorias, no obstante que el apoyo naval dependía única y exclusivamente de la renuncia de Alessandri y la clausura del Congreso<sup>52</sup>. A esa altura, el Presidente ya había señalado al general Altamirano su intención de renunciar a su cargo.

8 de septiembre: Aquella mañana, la Junta Militar ordenó la detención del prefecto de la Policía de Santiago, Julio Bustamante, acusado de conspirar contra la oficialidad. Este era uno de los hombres más cercanos al Presidente, por lo que su detención provocó una pequeña crisis entre el Gobierno y la Junta.

Por su parte, el ministro Altamirano procedió a presentar los proyectos de ley al Parlamento para su inmediata aprobación. De lo contrario, se esperaba proceder a disolver el Congreso, tal y como había sido observado por la Junta Militar y el Gobierno. En ese instante, en la sede del Legislativo se vivían tensas horas frente a las cuales –los otrora dueños de la política chilena– debieron aprobar callada y timoratamente el paquete de leyes impuesto por el Gobierno. A la cita no asistieron los parlamentarios unionistas, quienes a través de un breve comunicado justificaron su ausencia, aduciendo las ideas expuestas desde el 2 de marzo, en cuanto a la ilegalidad del triunfo aliancista y la inmoralidad del Gobierno<sup>53</sup>. De esta forma, las fuerzas reaccionarias avalaban la intervención militar.

Ya durante la tarde, Alessandri había dejado entrever su determinación de renunciar. Los motivos de dicha decisión, parecen haber sido –entre otras cosas– los decididos manifiestos que durante esa tarde recorrieron las pizarras de los diarios capitalinos<sup>54</sup>. El primero de estos comunicados, elaborado por Oscar Fenner –bajo la atenta mirada de Ibáñez<sup>55</sup>– señalaba la inflexibilidad de la Junta Militar en el logro de su proyecto revolucionario;

- I. El movimiento militar no ha tenido, no tiene, ni tendrá en absoluto, carácter político.
- II. El movimiento está inspirado exclusivamente en la necesidad suprema de salvar a la nación, arruinada por la corrupción política y administrativa, y no terminará mientras no realice ampliamente su misión.
- III. Declara al país, bajo la garantía solemne del honor y de las tradiciones de las instituciones armadas, que no se pretende establecer un gobierno militar, ni entronizar dictadores de ninguna especie<sup>56</sup>.

<sup>48</sup> Cfr. Correa Prieto, Luis. *Op. cit.*, p. 87.

<sup>49</sup> *Ibid.* p. 87 Carlos Ibáñez dice en sus memorias que el Comité lo designó a él para visitar la Base Naval de Talcahuano. Sin embargo, Carlos Sáez señala que habría sido el mayor Santiago Infante el designado para esta tarea junto con Grove. Al respecto, véase: Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 87.

<sup>50</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. pp. 88-90.

<sup>51</sup> *Ibid.* p. 91.

<sup>52</sup> Cfr. Correa Prieto, Luis *Op. cit.*, p. 87.

<sup>53</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. p. 385.

<sup>54</sup> Así lo habría manifestado el propio Alessandri en una carta privada enviada desde Europa, la que fue difundida en algunos círculos estudiantiles y luego publicada en *La Nación*, el 29 de noviembre de 1924.

<sup>55</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 399.

<sup>56</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. p. 387.

A esa hora, la Junta se reunía en la Inspección General de Ejército –sin saber aún del comunicado difundido por Ibáñez– pero enterada de la firme decisión de Alessandri. De ahí que surge un segundo manifiesto donde la Junta ofrece todo su apoyo al Presidente;

1. La Junta Militar comunica al Ministerio que vería con agrado, interpretado el sentir general de la oficialidad, que S.E. el Presidente de la República no insistiera en su renuncia y que, en cambio, solicitara un permiso para ausentarse del país.
  2. La Junta garantiza la seguridad de la persona de S.E. el Presidente de la República y de todos los miembros de su familia.
  3. El Presidente de la República saldrá del país con todos los honores de su rango.
  4. Estos acuerdos fueron tomados por la unanimidad de los cuarenta y tres miembros que la componen.
- Santiago, 8 de septiembre de 1924. –Bartolomé Blanche<sup>57</sup>.

Durante la noche, el Consejo de Estado procedió a firmar y publicar el paquete de leyes recién aprobadas por el Congreso, citándose luego a una última reunión de gabinete, donde Alessandri reiteró su decisión irrevocable de renunciar. Ni el segundo manifiesto de la Junta terminó por hacerle cambiar de parecer, cancelando la reunión hasta el día siguiente, a cambio de que pudiese reflexionar un poco más sobre su difícil decisión.

9 de septiembre: Durante la madrugada de aquel martes, Alessandri preparó sigilosamente su salida de La Moneda. Para ello, ya había optado al asilo diplomático ofrecido en la Embajada norteamericana, la que inmediatamente informó de esta situación al ministro Altamirano.

Este procedió a convocar al Gabinete, informando de lo ocurrido y citando inmediatamente a una reunión con los jefes de todos los partidos políticos. Las decisiones tomadas esa noche fueron las de mantener el Ministerio y ofrecer la vicepresidencia al general Altamirano. La petición de renuncia de Alessandri fue finalmente modificada por el Parlamento, a una licencia por seis meses y una autorización para salir del país<sup>58</sup>.

El ambiente de agitación popular –promovido por la Alianza Liberal– se situó ese día frente a la Embajada de los EE.UU., la que fue fruto de numerosas visitas por parte de personalidades ligadas al Presidente. No faltaron algunos que pensaron vanamente en la formación de una rebelión popular alessandrista en contra del accionar de los militares<sup>59</sup>.

Por su parte, en los cuarteles se especulaba largamente sobre las repercusiones de la agitación popular, así como las medidas necesarias para agilizar lo antes posible la salida del Presidente<sup>60</sup>.

10 de septiembre: Este día estuvo marcado por la apoteósica salida del Presidente Alessandri, la cual estaba programada para las 19:00 horas rumbo a la Argentina. La despedida estuvo acompañada por las últimas visitas a la embajada, así como gigantescas concentraciones populares que acompañaron al “León” hasta su partida en la Estación Mapocho. Luego vendrían una serie de violentas manifestaciones populares que fueron rápidamente reprimidos por fuerzas de carabineros<sup>61</sup>.

Entre los militares, ya se había impuesto la idea de la disolución del Parlamento, al igual que en la Marina, que el día anterior envió un comunicado exigiendo la renuncia inmediata de Alessandri y la clausura del Poder Legislativo. Ya durante la noche, el Consejo de Gabinete acordó cerrar el Parlamento, lo cual fue rechazado por los ministros civiles, quienes consecuentemente renunciaron a sus cargos dejando el control del Gobierno a los militares.

11 de septiembre: Durante las primeras horas de la mañana, los periódicos nacionales dieron a conocer un “Manifiesto al País”, donde se detallaban los últimos antecedentes gubernamentales, referidos a la disolución del Congreso y la conformación de una “Junta de Gobierno” integrada por los ex ministros Altamirano, Nef y Bennett. Se argumentó la permanencia del Poder Judicial, el respeto a la constitucionalidad y las leyes, así como la constitución de un nuevo gabinete ministerial, el que juró el día siguiente<sup>62</sup>.

<sup>57</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 97.

<sup>58</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. p. 388.

<sup>59</sup> Cfr. Vicuña Fuentes, Carlos. *Op. cit.* pp. 202-203.

<sup>60</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 101.

<sup>61</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 404.

<sup>62</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. p. 391.

Ese mismo día, aparecía un nuevo manifiesto de la mano de la "Junta Militar". Allí se planteaban los lineamientos generales del movimiento de la joven oficialidad, que en sí representaba un notable grado de emancipación respecto al viejo alessandrismo y las fuerzas unionistas:

Este movimiento ha sido fruto espontáneo de las circunstancias.

Su fin es abolir la política gangrenada, y su procedimiento, enérgico pero pacífico, es hora de cirugía y no de venganza y castigo.

Se trata de un movimiento sin bandera de secta o partidos, dirigido igualmente contra todas las tendencias políticas que deprimieron la conciencia pública y causaron nuestra corrupción orgánica.

Ninguno de los bandos podrá arrogarse la inspiración de nuestros actos, ni deberá esperar para sí la cosecha de nuestro esfuerzo.

No hemos asumido el poder para conservarlo.

No hemos alzado ni alzaremos un caudillo, porque nuestra obra debe ser de todos y para todos<sup>43</sup>.

Sin duda, que ambas manifestaciones —la Junta de Gobierno y la Junta Militar— dejaban entrever una grave dicotomía institucional, que iría acrecentándose a medida que los hechos asumieron una consistencia diferente.

#### 1.4 Las repercusiones

El movimiento militar de septiembre de 1924 se produce bajo una serie de variables circunstanciales y estructurales, producto de la grave crisis política que venía arrastrando el régimen parlamentario. Dicha crisis se hace más visible a partir del último período presidencial, que en sí logra encarnar las fuerzas socio-políticas de una vanguardia radical frente a una oposición conservadora y reaccionaria; ambas posturas no conciliadoras llevaron consigo al concatenamiento de una crisis global al interior de la sociedad chilena.

La actuación de los militares en septiembre de 1924 correspondió así a una manifestación espontánea frente a la grave situación por la que atravesaban, tanto ellos como la sociedad en su conjunto. El problema radica en que detrás de las sanas intenciones de la oficialidad se hallaban grupos de poder que conscientemente trabajaban buscando el momento propicio para actuar.

Ahora bien, la relación final de sujetos e intereses resulta del todo interesante. Por un lado, tenemos a la joven oficialidad (mayores, capitanes, tenientes), que actúan bajo motivaciones reivindicatorias y de malestar social. Una escisión de dicho grupo está representada por los futuros líderes del movimiento: Ibáñez, Grove, Ewing y Blanche, entre otros. Ellos representan intereses ideológicos comunes como su pertenencia a la masonería y los nexos con la corriente civilista del alessandrismo, también ligada a la actividad de las logias<sup>44</sup>.

Así, ambos grupos van trabajando conjunta e individualmente bajo el auspicio de la oficialidad joven, transformando de esta forma un movimiento de características corporativas en una "revolución" depuradora de la política chilena. En ese sentido van las medidas llevadas a cabo por Alessandri —al formular la idea del Comité Militar y el petitorio— y las de Ibáñez —al tomar el control del movimiento y encauzarlo hacia su propia órbita—, todo lo cual va generando una reacción displicente frente al proyecto conspirativo del unionismo.

El punto en que no concuerdan ambas facciones es en la fórmula de acción. Alessandri postula una vía reformista, de carácter netamente político-partidista, mientras Ibáñez esgrime todos sus recursos contra la politiquería, en un sentido progresista centrado más bien en la idea de autoridad y mando, tan cara a la tradición autoritaria decimonónica y la nueva tradición militar prusiana:

<sup>43</sup> Manifiesto de la Junta Militar al país, 11 de septiembre de 1924. Citado en: Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I, p. 103.

<sup>44</sup> La relación entre masonería, inteligencia militar y alessandrismo resulta muy reveladora. Así, algunos testimonios fidedignos nos señalan la hermandad masónica de importantes personeros de la "revolución de septiembre"; Arturo Alessandri, P. Aguirre Cerda, Gaspar Mora, Alfredo Ewing, Arturo Acevedo, Arturo Ahumada, Carlos Ibáñez, Marmaduke Grove, Alejandro Lazo, Carlos Millán, Bartolomé Blanche, entre muchos otros. Mayor es la sorpresa cuando descubrimos que muchas de las rivalidades "míticas" del período —v.gr. Alessandri v.s. Lazo, Alessandri v.s. Ibáñez— resultan un tanto superfluas tras saber que todos ellos eran miembros permanentes de la misma Logia, la "Unión Fraternal" N°1, por lo demás, la logia que por excelencia ha reclutado lo más granado de la clase política chilena. Al respecto, véase: Mayorga, Wilfredo. *Op. cit.* pp. 221-231; Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III, pp. 140-143.

(...) mi preocupación más constante ha sido mantener la disciplina en el Ejército, porque soy un convencido de que cuando ella se destruye, todo se corrompe. (...) La obra más importante de mi primer gobierno fue restablecer la disciplina en el Ejército y la obediencia al mando. Condición primera del orden constitucional (...)<sup>65</sup>.

Claro está que muchos oficiales pertenecientes a estos núcleos no se encontraron a la altura de los ideales comprometidos. Tal fue el caso del comandante Alfredo Ewing, quien contrapesó sus propias aspiraciones personales frente a la actividad político-doctrinal del alessandrismo y la Junta Militar.

Por otra parte, la corriente militar unionista adolecía de graves falencias, como fueron la desconexión con los mandos medios y el sentido de acción tradicional, sin sopesar las viejas jerarquías frente a la naturaleza totalmente rupturista que imponía el movimiento militar:

(...) ella estimó que su papel se iba a reducir a sanear los registros electorales, a fin de proceder a nuevas elecciones, restableciendo así los dos poderes fundamentales que de una plumada acababa de anular; pensó en un cambio de hombres, pero no en un cambio de sistema; en algo así como una reacción contra el desgobierno anterior, mas no en la creación de que hablaba la Junta Militar para evitar precisamente que el movimiento degenerara en una simple reacción política<sup>66</sup>.

De esta forma, se asentaban las bases de una singular dicotomía institucional, donde las diferentes posiciones político-ideológicas de ambos bandos jugarían en contra de la encomiada obra revolucionaria, desplegada tan estrepitosamente en aquellos días de septiembre de 1924.

## 2. LA CONTRARREVOLUCION DE ENERO DE 1925

### 2.1. Junta Militar vs. Junta de Gobierno

Entre el 11 de septiembre de 1924 y el 23 de enero de 1925 se produce una fuerte anomalía político-institucional a raíz de la existencia de dos organismos paralelos al interior de la oficialidad y las esferas gubernamentales: la Junta Militar y la Junta de Gobierno.

La Junta Militar era el resultado del movimiento de la oficialidad joven, que el 5 de septiembre de 1924 hizo entrega al Presidente Alessandri del petitorio de proyectos político-sociales, aprobados posteriormente por el Parlamento, el 8 del mismo mes.

Su ardua labor comenzaría a dar frutos desde los primeros días de la "revolución". Así, tras la clausura del Parlamento y la salida de Alessandri, lanzaban su "Manifiesto del 11 de septiembre", transformándose sin lugar a dudas en el gran grito de combate de la oficialidad. Y es que bajo su aparente simplicidad, se guardan las bases de una incipiente "doctrina militar" caracterizada por su "apoliticismo" y "espíritu regenerador", tantas veces esgrimido en futuros movimientos de esta naturaleza.

La dirección operativa de la Junta Militar se hallaba al mando del comandante Bartolomé Blanche, quien asumió el 6 de septiembre, tras la prematura dimisión de Arturo Ahumada. Con la conformación de la "Junta de Gobierno", se organizó un comité especial encargado de entablar comunicación permanente con los generales, tarea que les fue encargada a los mayores Blanche, Ewing, Ibáñez, Puga, Lazo, Bravo y Urizar<sup>67</sup>.

El número de integrantes de la Junta Militar fue relativo, estando compuesta por más de una treintena de oficiales agrupados en torno al Ejército, Carabineros y la Marina<sup>68</sup>, que se reunían varias veces por semana en las diferentes instalaciones castrenses.

Existían alrededor de 16 comisiones de trabajo<sup>69</sup>, encargadas de desarrollar diferentes obras de "regeneración nacional": Constitucional y Eleccionaria, Interior, Relaciones Exteriores, Justicia, Instrucción Pública, Hacienda, Agricultura y Colonización, Industria y Comercio, Vías y Comunicaciones, Beneficencia, Higiene

<sup>65</sup> Correa Prieto, Luis. *Op. cit.*, p. 196.

<sup>66</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. pp. 104-105.

<sup>67</sup> Cfr. Ahumada, Arturo. *Op. cit.* Tomo II. pp. 93-94. Tanto Sáez como Oscar Fenner, apuntan en señalar que la Junta Militar habría estado compuesta por 36 miembros entre las tres ramas armadas. Cfr. Sáez Morales

<sup>68</sup> Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 116; Mayorga, Wilfredo. *Op. cit.*, p. 64.

<sup>69</sup> Cfr. Sáez Morales Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 117.

y Salubridad, Previsión Social y Trabajo, Guerra, Marina, Obras Públicas, Reorganización del Ministerio de Guerra, Educación Física y Tribunal de Honor<sup>70</sup>.

De esta manera, se logró conformar una extensa red de contactos, una difusión y activismo que comenzó a hacerse patente en los medios de comunicación y el acontecer político del país<sup>71</sup>.

Alrededor del mes de octubre, la Junta Militar logró conformar un primer plan de regeneración nacional, a través de una serie de peticiones que se hicieron llegar al Gobierno para su rápida puesta en marcha<sup>72</sup>:

1. Designación de una Asamblea Constituyente en que estuvieran representadas las fuerzas vivas del país: sociales, políticas y administrativas;
2. Disolución de las municipalidades y remplazo por juntas de vecinos;
3. Disolución de las direcciones generales y remplazo por ministerios técnicos, con personal del ramo respectivo. Creación del Ministerio del Trabajo;
4. Descentralización administrativa mediante la creación de administraciones regionales en los distintos servicios;
5. Creación de los escalafones Administrativo y Judicial;
6. Reducción de la Planta de Empleados Públicos a fin de encuadrarla estrictamente dentro de las necesidades de los distintos servicios;
7. Tomar medidas contra las especulaciones;
8. Prohibición de acumular, en una persona, dos o más empleos públicos, a excepción del profesorado. Los jubilados que desempeñan algún puesto público recibirán del Fisco sólo una gratificación y no el sueldo completo que les corresponda al puesto que desempeñen;
9. Abaratamiento de los artículos de primera necesidad. Medidas contra la especulación en esta materia;
10. Ley de protección a la industria nacional (construcción del material ferroviario en el país);
11. Despacho del nuevo arancel aduanero;
12. Estudio del proyecto de impuesto progresivo a la renta;
13. Generación del Poder Judicial y de la Instrucción Pública por sí mismos y de acuerdo con sus escalafones;
14. Dejar sin efecto los Decretos de Concesiones de Tierras Fiscales;
15. Estudio de una Ley de Arrendamientos de Habitaciones;
16. Aumento de los jornales de los ferrocarriles, sin aumento de tarifas, aprovechando las economías que se obtengan con la supresión del personal a contrata sobrante;
17. Supresión del trabajo nocturno en las panaderías;
18. Creación del Banco Central de Chile.

Tan amplio plan de reformas era susceptible de sufrir dificultades que frenaban en seco sus expectativas. Y la mayor dificultad de todas, era su antonimia con la Junta de Gobierno.

Al contrario de la primera, la Junta de Gobierno no había surgido de la espontaneidad revolucionaria, sino más bien de cuestiones circunstanciales, como la huida del Primer Mandatario, así como una fuerte ligazón política que la unían con los sectores reaccionarios.

De esta forma, el 12 de septiembre de 1924 decretaban legalmente la renuncia del Primer Mandatario y se hacían asesorar por un nuevo Gabinete extraído de lo más granado del ambiente político unionista y antialessandrista<sup>73</sup>, como fue el caso de Fidel Muñoz, Oscar Dávila (jefe supremo de la TEA) y Luis Gómez Carreño.

Sin duda, éste fue el primer gran error de la Junta de Gobierno, pues la conformación de dicho Gabinete corroboraba en cierto sentido las sospechas en cuanto a sus nexos con el unionismo. Incluso, para lograr la aceptación del Ministerio tuvo que rechazar la existencia de la Junta Militar, desconociendo así las relaciones

<sup>70</sup> Cfr. Ramírez Necochea, Hernán. *Op. cit.*, p. 142.

<sup>71</sup> Las principales relaciones civiles de la Junta Militar se centraron en los medios de comunicación –fundamentalmente en *La Nación* y su equipo de redactores: Carlos Dávila, Conrado Ríos Gallardo, etc. – así como organizaciones anarco-sindicalistas, como la IWW, la FOCH, la Asociación de Tipógrafos, organizaciones gremiales y estudiantiles, etc.

<sup>72</sup> Petitorio de la Junta Militar, octubre de 1924. Citado en Charlin Ojeda, Carlos. *Op. cit.*, pp. 51-52.

<sup>73</sup> La conformación del gabinete fue la siguiente: Interior: Alcibíades Roldán; Relaciones Exteriores: Carlos Aldunate Solar; Hacienda: Fidel Muñoz Rodríguez; Justicia e Instrucción Pública: Gregorio Amunátegui; Guerra y Marina: Luis Gómez Carreño; Obras Públicas: Oscar Dávila.

que hasta ese momento existían sanamente entre ambos organismos, sin haber consultado siquiera la opinión del ente militar<sup>74</sup>.

Bajo estos auspicios, la relación entre ambas entidades comenzó a enfriarse cada vez más.

En la Junta Militar surgió la imagen de una Junta de Gobierno aliada con las fuerzas unionistas y contraria a los "postulados del 11 de septiembre". Rápidamente, la oficialidad comenzó a fraccionarse en tres grupos: una mayoría de "oposición" al Gobierno, liderada por Ibáñez; una minoría conciliadora, llamada "reaccionaria"; y un grupo intermedio que deambulaba entre ambas posturas<sup>75</sup>. Finalmente, para coartar la acción minoritaria de los "reaccionarios", los miembros influyentes de la Junta Militar establecieron que las decisiones serían aprobadas con un 75% de los votos, debiendo existir, de paso, un 75% de quórum para realizar cualquier votación<sup>76</sup>.

Mientras, el Comité encargado de validar la situación de la Junta Militar ante el Gobierno ya había alcanzado varios logros importantes. A fines de septiembre le fueron concedidos algunos cargos de administración pública y de fiscalización de los ministerios, se removieron algunos municipios, se constituyeron nuevas carteras ministeriales y se inició una violenta depuración del Ejército, lo que permitió liberar la carga de oficiales, posibilitando un mayor movimiento en los ascensos<sup>77</sup>.

Los primeros encontrones entre la Junta Militar y la Junta de Gobierno no tardaron en producirse. Uno de los primeros problemas fue la deportación del líder anarquista Daniel Schweitzer, a raíz de su participación en actividades subversivas, pero fundamentalmente por su nexo con la oficialidad<sup>78</sup>. Le siguieron las discusiones a raíz de la normativa electoral, donde los militares pedían una agilización radical que partía por reformar el sistema acumulativo por uno proporcional, y por último, el tema de la creación de una Asamblea Constituyente; el Gobierno señalaba la imposibilidad de ésta mientras no se conformara un nuevo Parlamento que la aprobase.

De esta manera, se fue abriendo espacio para la acción efectiva del bando opositor al Gobierno al interior de la Junta Militar. A finales de octubre, se acordó declarar públicamente el funcionamiento de la Junta Militar, para lo cual se realizó una entrevista con miembros de la Junta de Gobierno, efectuada el 4 de noviembre en La Moneda. Allí se acordó estrechar los lazos de colaboración en ambos organismos, para lo cual se fijó un plan a seguir junto con la declaración pública de dichas actividades.

Sin embargo, al día siguiente, el ministro del Interior declaraba falsas dichas afirmaciones, desconociendo nuevamente el funcionamiento oficial de la Junta Militar, al parecer como parte de una estrategia unionista a fin de decretar rápidamente la Ley Electoral sin la aprobación de la oficialidad<sup>79</sup>.

Esto generó una nueva ola de malestar en los militares, quienes al día siguiente acordaron poner en su lugar al Gobierno exigiendo la destitución inmediata del ministro Roldán y la retractación pública del Gobierno sobre la inexistencia de la Junta Militar. Con estas medidas, muchos oficiales esperaban precipitar la acción del Gobierno en la constitución de un gabinete militar que terminara con la influencia unionista<sup>80</sup>.

El 5 de noviembre se efectuaba una nueva entrevista en la Moneda —esta vez mucho más violenta que las anteriores— que terminó con la renuncia completa del Ministerio junto con la dimisión de los miembros de la Junta de Gobierno, a menos que se solucionase el conflicto. Sin embargo, al igual como había ocurrido dos meses antes, la oficialidad calmó los ánimos y llegó a un acuerdo. Influyó en ellos la falta de un proyecto claro, así como la negativa de los miembros navales de avalar la actuación de los militares<sup>81</sup>.

La última gran crisis entre ambas Juntas la provocarían las actuaciones personalistas del comandante de Carabineros, Alfredo Ewing. El día 5 de diciembre el *El Diario Ilustrado* publicaba una circular "reservada" del mayor de Carabineros Angel Pacheco dirigida a sus compañeros de armas, donde exponía lisa y llanamente la candidatura presidencial del comandante Ewing<sup>82</sup>.

Esto provocó que Ewing fuese citado por la Junta de Gobierno, donde se acordó su remoción de Carabineros a cambio de una legación diplomática en España, lo que éste aceptó sin reproches. El 11 de diciembre asumía la Dirección General de Carabineros el general Mariano Navarrete.

<sup>74</sup> Cfr. Sáez Morales Carlos. *Op. cit.* Tomo I. pp. 114-115.

<sup>75</sup> *Ibid.* pp. 116-117.

<sup>76</sup> *Ibid.* p. 116.

<sup>77</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 445

<sup>78</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. p. 392.

<sup>79</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 449.

<sup>80</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 123.

<sup>81</sup> *Ibid.* pp. 128-133.

De inmediato se dejó sentir el malestar de la Junta Militar. Allí, los miembros de Carabineros amenazaban con renunciar a la Junta a menos que se repusiera en su cargo al comandante Ewing. Se hablaba de destituir el Gabinete, así como la propia Junta de Gobierno y Militar. No obstante, la posición de Carabineros causó cierta aprensión en la oficialidad luego de escuchar las declaraciones de Ewing; éste reconocía sus aspiraciones presidenciales y señalaba que de no obtener apoyo de sus compañeros militares continuaría solo, esta vez bajo la "chaqueta civil"<sup>83</sup>.

Durante la noche del 12 la expectación aguardaba en los cuarteles, mientras que en las calles el aliancismo preparaba el ambiente subversivo para el cambio de Gobierno. Sin embargo, la rápida mediación del Gobierno, a través de Bartolomé Blanche, contuvo por un tiempo lo inevitable. Después de detenidas conversaciones, se acordaba aceptar la salida de Ewing, deponer el Gabinete completo y reorganizar la Junta Militar a un organismo más reducido, de labores meramente consultivas al Gobierno.

La decisión final fue la de disolver definitivamente la Junta Militar, a través de un escueto comunicado –redactado por el mayor Sáez<sup>84</sup>– donde destacaban su labor pasada y reprendían la acción del Gobierno, acordando volver silenciosamente a los cuarteles.

En sí misma, la decisión de disolver la Junta no representaba ninguna solución efectiva a la crisis, por el contrario, era una forma de reestructurar la vía de acción militar hacia conductos no legales, implicados de lleno en un acto conspirativo.

Esto fue lo que dieron a entender los líderes de la oficialidad, Carlos Ibáñez y Marmaduke Grove, quienes inmediatamente después de la disolución –el 13 de diciembre– manifestaron sus inquietudes golpistas ante uno de sus más cercanos generales y miembro de la Junta de Gobierno, Juan Pablo Bennett<sup>85</sup>. Ciertamente, ésta no era una forma de expresar sus sentimientos, sino más bien la de infundir temor a los miembros del convaleciente Gobierno que ellos mismos se proponían derribar.

## 2.2. El golpe del 23 de enero

Las primeras acciones de la "vencedora" Junta de Gobierno corroboraron lo que muchos venían sospechando: el nexa unionista. El 19 de diciembre quedaba constituido un nuevo gabinete<sup>86</sup>, tanto o más reaccionario que el anterior, que se dedicó a cimentar la idea de estabilidad institucional. Esta consistía en aplicar el nuevo programa de reformas electorales, a fin de elegir –en mayo de 1925– un nuevo Parlamento y un Presidente de la República que devolviesen la normalidad al sistema político y el fin de la intervención militar<sup>87</sup>.

La crisis estalló a comienzos de 1925, cuando la Convención Unionista proclamó la candidatura presidencial de Ladislao Errázuriz<sup>88</sup>, temido líder liberal y representante de la línea más dura del liberalismo reaccionario. En vano fueron los intentos del liberalismo por contrarrestar la acción de Errázuriz. Hasta esa fecha no existía otra candidatura que pudiese hacerle el peso, y las simpatías que despertaba al interior del Gobierno hacían presumir su triunfo absoluto.

Todo este escenario amagó aun más la existencia de las alicaídas fuerzas aliancistas. Desde la derrotada Junta Militar hasta los comités de cada partido se veía con desesperanza el futuro político del país. Esto permitió, sin duda, avivar el ímpetu caudillista que traía consigo el alessandrismo. Pronto se habló de la necesidad de derrocar el régimen y pedir el retorno del Presidente ausente.

Los exponentes más activos de esta corriente se hallaban al interior del Partido Democrático así como en varios personajes del radicalismo anárquico, los cuales deambulaban entre los círculos estudiantiles y asambleístas: Carlos Vicuña, Pedro León Loyola, Santiago Labarca, entre otros.

Al interior de los partidos políticos, la intensidad bajaba en euforia pero subía en planificación. Así, en el Partido Radical las opiniones se hallaban divididas, mientras que en los restos del Partido Liberal renacían importantes hombres ligados a la figura del "León". Tal es el caso de Armando Jaramillo, Eleodoro Yáñez, Arturo Olavarría, Agustín Vigorena, y los hijos del Presidente, quienes darán origen a un nuevo núcleo conspirativo aliado con la oficialidad aliancista.

<sup>82</sup> Cfr. Monreal, Enrique. *Op. cit.* Tomo I. pp. 91-92.

<sup>83</sup> Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. p. 141.

<sup>84</sup> *Ibid.*

<sup>85</sup> Cfr. Bennett, Juan Pablo. *Op. cit.* pp. 168-169.

<sup>86</sup> La conformación del gabinete fue la siguiente: Interior: Rafael Luis Barahona; Relaciones Exteriores: Carlos Aldunate Solar; Hacienda: Julio Philippi; Justicia e Instrucción Pública: José Bernal; Guerra: Emilio Ortiz Vega; Marina: Luis Gómez Carreño; Obras Públicas: Luis Adán Molina; Previsión Social: Dr. Alejandro del Río; Agricultura: Arturo Alemparte.

<sup>87</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. p. 396.

Una función determinante en este proceso fue la que desempeñaron las logias masónicas. Si bien es cierto su participación había sido más que escasa durante la "revolución de septiembre", esto se debía fundamentalmente a la línea ética tradicionalista que mantenía Adeodato García Valenzuela, gran maestro de la orden: la no intervención de las logias en asuntos políticos<sup>88</sup>.

Hasta fines de 1924, los militares involucrados en el movimiento de septiembre no confluyeron a los talleres, tampoco los civiles involucrados se pronunciaron al respecto<sup>89</sup>. De ahí entonces que los ímpetus políticos que la hermandad mantuvo en reserva fueron los que rebasaron en un nuevo cisma al interior de la colectividad. En diciembre de 1924, García Valenzuela era violentamente destituido de su cargo. Fue reemplazado por Héctor Boccoardo, un activo radical ligado estrechamente a los círculos alessandristas. Boccoardo abrió las logias a la actividad política y conspirativa contra la oligarquía<sup>90</sup>.

Rápidamente, "hermanos" civiles y militares comenzarían a conspirar en aras de derrocar a la Junta de Gobierno y devolver el cetro presidencial a Alessandri. Los primeros contactos los realizó un profano —el capitán Oscar Fenner— quien puso al tanto a Ibáñez y Grove de los planes de Jaramillo. Actuaron en la conspiración los capitanes Lazo, Zúñiga, Amaro Pérez, Barahona y Sócrates Aguirre, los tenientes Hormazábal, Zuloaga y Roberto Alarcón<sup>91</sup>. Los civiles fueron aumentando su número a través de importantes personalidades partidistas ligadas por la masonería, como los casos de Héctor Boccoardo, Enrique Oyarzún, Julio Bustos y Santiago Labarca.

Entre diciembre de 1924 y enero de 1925 se estructuraron las primeras redes cívico-militares, que iban desde los círculos obreros y estudiantiles (Carlos Vicuña, Pedro León Loyola)<sup>92</sup> hasta las propias esferas gubernamentales, a través de los diferentes organismos militares ocupados por conspiradores y simpatizantes. La parte financiera y comunicacional estaba a cargo del "maestro" Yáñez y su equipo de *La Nación*, quienes inundaban de temores al Gobierno.

Ya a esa altura, la Junta estaba enterada de cuanto ocurría a sus espaldas. Sin embargo, la imposibilidad de culpar a los complotados le hizo aguardar demasiado tiempo a fin de llegar a una solución. Ibáñez y sus seguidores habían sido comunicados de su inminente traslado a otras guarniciones del país o a legaciones en el extranjero. Por ello los sospechosos retrasaron su partida, alegando mil excusas que los pudiesen retener un tiempo más en la capital.

El plan estaba trazado para el 18 de enero. Se procedería a rodear La Moneda mediante dos o más compañías, para luego detener a la Junta en calidad de rehenes, en caso de que se produjese un levantamiento de la Marina. La preocupación fundamental era la de inmovilizar al resto de las unidades, para lo cual ya se había fijado una reunión ficticia de todos los comandantes, de manera de tenerlos ocupados en el momento mismo del golpe. Todo iba sobre ruedas hasta que Ibáñez ordena cancelar la misión. ¿Los motivos? Aún no están del todo claros<sup>93</sup>.

El hecho es que a partir de ese momento asume el mando Marmaduke Grove, al parecer con la venia del propio Ibáñez. Entre ambos oficiales pesaba el destino del movimiento. Ambos representaban personalidades e ideologías diferentes, que se complementaron recíprocamente, de tal forma de sopesar los intereses que en ese momento fluctuaban entre los conspiradores civiles y militares. Sin embargo, el brusco parecer de Ibáñez, y el posterior desarrollo de los acontecimientos, enfriaría esta relación para siempre.

<sup>88</sup> Los resultados de la Convención Unionista, celebrada el 8 de enero de 1925, fueron los siguientes:

PRECANDIDATOS	Nº DE ELECTORES
Ladislao Errázuriz	858
Emilio Figueroa L.	84
Luis Barros B.	48
Francisco Nef	39
Dispersos	30
<b>TOTAL</b>	<b>1.059</b>

<sup>89</sup> A comienzos de siglo —y tras el grave cisma que afectó a la colectividad en 1903—, García Valenzuela había manifestado sus reproches frente a los intereses político sociales que inundaban a la hermandad. Al igual que otros exponentes —como Benicio Alamos González— no aceptaba la injerencia política en los talleres, lo que condujo a que muchos de ellos terminaran fundando la Gran Logia Simbólica, de efímero desarrollo. Cfr. Sepúlveda Chavarría, Manuel. *Crónicas de la masonería chilena*. Ediciones de la Gran Logia de Chile. Santiago, 1994. Tomo II. p. 61; Oviedo, Benjamín. *La masonería en Chile. Bosquejo histórico. La colonia, la independencia, la república*. Sociedad Imp. y Lit. Universo. Santiago, 1923. p. 658.

<sup>90</sup> Cfr. Mayorga, Wilfredo. *Op. cit.* p. 223.

<sup>91</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 466.

<sup>92</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. p. 398.

<sup>93</sup> Cfr. Vicuña Fuentes, Carlos. *Op. cit.* pp. 279-283.

Finalmente, la fecha se postergó para el 23. Las unidades utilizadas serían las del Regimiento Pudeto (Sócrates Aguirre), Cazadores (Amaro Pérez) y algunos hombres de la Escuela de Caballería (Benjamín Rodríguez). Al mediodía, los conjurados se reunían en el Club Militar, y luego, a las 17:30 horas ocupaban el edificio del Ministerio de Guerra, donde se hallaba la plana de comandantes citados maliciosamente para ese día.

En el preciso momento en que se ejecutaba la operación reaparecía el mayor Ibáñez, tomando nuevamente el mando. La Moneda era inmediatamente ocupada, sin ofrecer resistencia alguna por parte del grueso contingente de Carabineros allí apostados. En el Gobierno se esperaba resignadamente el final de esta incómoda situación. Los miembros de la Junta eran apresados y obligados a escribir una declaración dictada, frente a la cual renunciaban a sus cargos y decretaban finiquitado el Gobierno<sup>66</sup>:

Hoy 23 de enero de 1925, a las 6 p.m., habiendo ocupado el Palacio de La Moneda una Comisión de Jefes y Oficiales del Ejército de la guarnición de Santiago, y habiendo hecho prisioneros a los miembros de la Junta de Gobierno, general Luis Altamirano y almirante Francisco E. Nef, nos han exigido la renuncia de nuestros cargos, la que venimos en redactar y firmar, deseando sólo que esta determinación que adopta el Ejército de Chile sea para mayor tranquilidad y bienestar de la república. En consecuencia, entregamos el mando de la república al general inspector general del Ejército Pedro Pablo Dartnell, y al ministro de Guerra general Juan Emilio Ortiz Vega, como oficiales de mayor graduación y antigüedad<sup>67</sup>.

Asumían los altos cargos los mismos generales que minutos antes se hallaban tomando el té con los ahora reos. Mientras, un tercer general y miembro de la Junta —Juan Pablo Bennett— se hallaba casualmente fuera de Santiago, siendo finalmente absuelto de responsabilidades.

Todos esos hechos nos demuestran que el golpe se hallaba asegurado desde hacía mucho tiempo con el apoyo omnisciente de gran parte de la oficialidad santiaguina, que miraba con desprecio las actuaciones del general Altamirano<sup>68</sup>.

Durante la noche del 23, enfervorizadas masas populares —atizadas por el alessandrismo— daban vueltas por la Alameda y frente a La Moneda, pidiendo el retorno inmediato del caudillo. Por su parte, la joven oficialidad golpista enviaba un telegrama al Presidente donde fijaba la fecha de su regreso.

Esa misma noche la oficialidad clausuraba por 24 horas a *El Diario Ilustrado*, mientras que las turbas populares arrasaban completamente con el local del Club de La Unión. Aquella era la hora de la venganza, sin embargo no todo estaba dicho.

### 2.3. La depuración conservantista

Los oficiales golpistas —agrupados en una especie de nuevo "Comité Revolucionario"— se constituyeron rápidamente como un frente militar de carácter proaliancista, tal cual lo expresaban a través de un manifiesto al país:

(...) Contra los traidores y sus usufructuarios va dirigido el golpe actual; demostraremos con él que los oligarcas no son dueños de Chile, que no en vano han hecho su camino en la consciencia nacional las doctrinas democráticas<sup>69</sup>.

Por su parte, *El Diario Ilustrado* lanzaba sus réplicas calificando al movimiento militar de "simple cuartelazo", "obra de un grupo de oficiales audaces":

(...) el cuartelazo tiene el carácter de neta politiquería y ha sido inspirado por las logias y preparado por políticos alessandristas. Hay más de un centenar de jefes presos en sus cuarteles<sup>70</sup>.

<sup>66</sup> Cfr. Correa, Luis. *Op. cit.* pp. 88-89.

<sup>67</sup> Una versión detallada del asalto a La Moneda nos la brinda el general Mariano Navarrete en sus "Memorias". No obstante, éstas permanecen inéditas por lo que sólo puede consultarse el extracto que nos ofrece el general Sáez en su obra ya citada. Cfr. Sáez Morales, Carlos. *Op. cit.* Tomo I. pp. 163-168.

<sup>68</sup> Monreal, Enrique. *Op. cit.* Tomo II. p. 188.

<sup>69</sup> Ramírez Necochea, Hernán. *Op. cit.* p. 152.

<sup>70</sup> *El Diario Ilustrado*, 24 enero de 1925.

Ciertamente, a la luz de los hechos, las aprensiones sobre "el cuartelazo" resultaban del todo ciertas. El alessandrista, con la ayuda de las logias y los "oficiales cófrades", se hallaba nuevamente en La Moneda, mientras que en los cuarteles del resto del país se vivía en la más negra incertidumbre, sin saber realmente para cuál bando se debía servir.

La misma noche del golpe, un comando superior de la Marina se reunía en Valparaíso para ofrecer la más tenaz resistencia al "cuartelazo" capitalino. A través de un comunicado, señalaba su rechazo al movimiento militar y su "finalidad política", así como su disposición a dialogar en la entrega de los rehenes antes de llegar a hechos mayores.

El día 24, el "Comité Naval" ocupaba la Intendencia de Valparaíso, tomando posesión de la ciudad y sus alrededores. A su vez, las demás guarniciones militares se pronunciaron al respecto. En Tacna, el jefe de la Primera División de Ejército, general Fernández Pradel, anunciaba no reconocer el nuevo Gobierno y amenazaba con embarcar tropas rumbo a la capital si no se restituía al general Altamirano. En el puerto, los regimientos Coraceros de Viña del Mar y Maipo de Valparaíso se plegaban al movimiento de la marinería, todo lo cual ponía en serio peligro la institucionalidad nacional, puesto que amenazaba con transformarse en una nueva guerra civil.

Apresuradamente, se iniciaron las gestiones para una eficaz mediación, a través del conocido financista y dueño de *El Mercurio*, Agustín Edwards Mac-Clure. Mientras tanto, el Comité Revolucionario realizaba un hábil sondeo al interior de la Armada con la finalidad de desbaratar el movimiento. Para ello tomó contacto con el cuerpo de ingenieros navales y vicealmirantes alojados en la Base Naval de Talcahuano, conocidos históricamente por su rivalidad con Valparaíso. Un segundo enviado fue el coronel Enrique Bravo, quien logró desbaratar el apoyo de los regimientos Maipo y Coraceros, luego que este último se dirigiese a Quintero, donde fue embarcado por el transporte Angamos<sup>100</sup>.

De esta forma, la pasiva actitud de los jefes navales junto a la sagacidad de la oficialidad santiaguina permitieron contener un violento enfrentamiento. Un papel importante en este sentido es el que desempeñaron los cautivos miembros de la ex Junta, así como algunos personeros unionistas, como Agustín Edwards, Ismael Tocornal y Emiliano Figueroa, quienes detuvieron a tiempo los ímpetus belicistas de la Armada<sup>101</sup>.

Ya el 27 de enero se lograba salvar la República mediante un acuerdo entre la Armada y el comité revolucionario que estipulaba lo siguiente:

- La conformación de una Junta de Gobierno, con un civil (Emilio Bello), un general (Pedro Pablo Dartnell) y un almirante (Carlos Ward);
- La creación de un nuevo gabinete a cargo del Comité Militar;
- El retorno de Alessandri a la Presidencia de la República;
- La conformación de una Asamblea Constituyente; y
- La liberación inmediata de los presos políticos<sup>102</sup>.

Las reacciones del unionismo —ahora agrupado en la llamada "Unión Patriótica"— se hicieron sentir rápidamente a través de la acción periodística emprendida por *El Diario Ilustrado* de Santiago, *El Heraldo* y *La Unión* de Valparaíso y *La Patria* de Concepción. Luego salió a la luz un "manifiesto unionista" donde se sollozaba amargamente ante la muerte del sistema político republicano<sup>103</sup>.

Por ese entonces, la nueva Junta de Gobierno había extremado sus medidas de seguridad ante la inminente "cacería de brujas" que preparaba la oficialidad revolucionaria. Una de las primeras llevadas a cabo por el nuevo ministro de Guerra —el ahora coronel Carlos Ibáñez del Campo— fue la concreción del plan de destituciones en masa llevadas a cabo en la alta oficialidad: 38 coroneles y teniente-coroneles llamados a retiro forzoso, así como cientos de oficiales trasladados por todo el país<sup>104</sup>.

<sup>99</sup> Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I, pp. 398-399.

<sup>100</sup> Mayorga, Wilfredo. *Op. cit.* pp. 283-287.

<sup>101</sup> *Ibid.* p. 287.

<sup>102</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* p. 400.

<sup>103</sup> *Ibid.* p. 402.

Luego vino el fin de la libertad de prensa y la clausura telegráfica. Las serias sospechas de una contrarrevolución unionista llevaron a las autoridades a allanar decenas de locales, clubes y sedes sociales de la oligarquía, donde se realizaron controles de armas y una serie de medidas de intimidación destinadas a desbaratar cualquier conato reaccionario que pudiese existir<sup>104</sup>.

Pero las sospechas serían ciertas. El 27 de febrero era descubierto—in fraganti— un conciliábulo conspirativo de jóvenes conservadores junto a suboficiales del Ejército en un local de la calle Brasil. Todos eran detenidos. Sin embargo, al día siguiente sucedería un hecho aún más grave. El amotinamiento de la suboficialidad del Regimiento Valdivia N°8 de Providencia, debido al arresto que sufrían algunos de sus compañeros acusados de insubordinación el día anterior. El incidente terminó con la irresoluta huida de su comandante y la oficialidad, así como la muerte de un joven cabo que intentó frenar la escapada. Sólo la acción certera del coronel Blanche y el mayor Grasset lograron contener la situación antes que fuese demasiado tarde.

Ambos casos no tuvieron relación entre sí ni representaban mayor peligro del que ya existía. Sin embargo, el ambiente de aprensión e inseguridad existente les hizo aparecer con mayor importancia de la que tenían. Lo cierto es que los planes conspirativos al interior del unionismo existían, y muchos de ellos decían relación con la compra y adoctrinamiento de suboficiales, que por lo demás no se hallaban ligados a juntas, comités ni cofradías de ningún tipo.

El 1 de marzo se implantó Estado de Sitio en las provincias de Santiago, Valparaíso y Aconcagua. Así mismo, se inició un juicio paralelo a los casos de la calle Brasil, el Regimiento Valdivia y a un grupo de influyentes unionistas apresados durante esos días. Este fue el caso que se conoció más tarde como el "Proceso contra los Futres", a cargo del fiscal de Ejército, coronel Enrique Bravo Ortiz.

Allí se descubrió la participación conspirativa de conocidos líderes políticos, como Ladislao Errázuriz, Ismael Edwards, Roberto Huneeus, Emilio Tizzoni, el presbítero Pedro Nolasco y el general retirado Carlos Harms<sup>105</sup>. Este último parece haber tenido la jefatura operativa de la conspiración, que consistía en reclutar apoyo de la suboficialidad al interior del Regimiento Tucapel, con la finalidad de dirigir un movimiento militar que un día equis tomase el control de los arsenales y La Moneda, resguardando cualquier reacción contragolpista. La idea era tomar prisioneros a los jefes de la oficialidad y el Gobierno, llevarlos hasta la cordillera y allí fusilarlos o deportarlos<sup>107</sup>. Finalmente, habrían sido descubiertos tras informarse de las cuantiosas sumas de dinero que circulaban entre los soldados clases. También se descubrió un boletín clandestino llamado, *La Censura* desde donde dirigían sus ataques al Gobierno<sup>106</sup>.

El fallido complot de los futres llegaba a su fin. Los inculpados fueron en su mayoría obligados a salir del país por 18 meses, con prohibición de asentarse en países vecinos. Por su parte, el Regimiento Valdivia era disuelto, mientras que los imputados recibieron numerosas penas, debiendo trasladarse a zonas recónditas o a "regimientos de castigo", lo que en el futuro sería recordado con venganza.

De esta forma, la reacción era fulminada por los nuevos líderes de nuestro país, bajo circunstancias donde "lo nuevo" brillaba más que el oro y lo viejo no era digno de nombrarse. Serían los años de oscurantismo para el pensamiento conservador.

## 2.4. El interregno alessandrino: Fuerzas políticas y vanguardia revolucionaria

El triunfo de las ideas sociales, desarrolladas por el alessandrismo y la joven oficialidad "revolucionaria", se tradujo en la "depuración" y erradicación de los últimos enclaves conservadores agrupados en la Unión Patriótica. Durante el transcurso de 1925 se continuaron sucediendo inocuos intentos de la reacción por contener la avanzada del radicalismo cívico-militar, con lo cual aumentaron las deportaciones, clausuras y expropiaciones, hasta hacer de la antigua oligarquía un sector pasivo y omiso que no volvió a aparecer en el escenario político chileno sino hasta comienzos de la década del treinta. Sin duda, era el sino de una decadencia anunciada.

A su vez, desde la caída de la Junta de Gobierno (23 de enero de 1925) hasta el segundo Gobierno de Alessandri (marzo-octubre de 1925) se pueden observar una serie de manifestaciones político-ideológicas que nos hacen pensar en la idea de un interregno político-militar, frente al cual florecieron una serie de movimien-

<sup>104</sup> Cfr. Ramírez Necochea, Hernán. *Op. cit.* pp. 157-158.

<sup>105</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. pp. 511-512.

<sup>106</sup> Cfr. Vial Correa, Gonzalo. *Op. cit.* Volumen III. p. 514.

<sup>107</sup> Cfr. Monreal, Enrique. *Op. cit.*; Maturana, Ventura. *Mi ruta. El pasado. El porvenir.* Buenos Aires, 1936.

tos –productos del caudillismo y el ocaso revolucionario– que configuraron el escenario socio-político 1924-1932, con la participación activa de la oficialidad en estos procesos.

Una de las primeras manifestaciones tangibles de esta situación al interior de la oficialidad fue la reestructuración de la Junta Militar, en el ahora denominado Comité Militar Revolucionario (CMR).

Este comenzó a funcionar a partir de los primeros días de 1925 –mientras se efectuaban los últimos detalles para el golpe del 23 enero– como una forma de coordinar de mejor manera la participación militar en el atentado, frente a las aprensiones mutuas que existían con sus compañeros civiles aliancistas. Sus principales exponentes –Ibáñez, Grove, Lazo, Fenner, etc.– correspondían a la facción mayoritaria de la antigua Junta, caracterizada por ideas radicalizadas, socializantes y promasonicas, de un fuerte tinte revolucionario que, a través de sus principales cabecillas –Ibáñez y Grove– pretendió posicionarse del movimiento socio-político mediante la propia utilización de los políticos y la politización de las Fuerzas Armadas, como un elemento de presión frente al sistema<sup>109</sup>.

Ya en marzo de 1925, y tras haber depurado casi por completo a las fuerzas reaccionarias, el CMR se levantaba como un poderoso organismo autónomo y con la inmunidad que le brindaba su participación decisiva en los recientes cambios políticos y sociales, desde septiembre del año anterior. Sin embargo, ante la opinión pública se encargó de dar una imagen austera y acorde al orden constitucional, al señalar enfáticamente –a través de un comunicado, el 10 de marzo de 1925– que sus objetivos y permanencia ya habían finalizado con la conformación del Gobierno interino, mientras que de ahora en adelante correspondía al Presidente de la República el culminar la tarea de reconstrucción nacional<sup>110</sup>.

Muy diferente sería, por lo demás, la visión manifestada al propio Alessandri mientras realizaba el viaje de vuelta al país. Allí, el CMR le hizo llegar una serie de "consejos" frente a los cuales debía mantener una estricta obediencia a fin de evitar un nuevo descalabro golpista. Dichas exigencias estipulaban la obligación de mantener el Gabinete impuesto por el CMR<sup>111</sup>, apegarse a los "postulados revolucionarios del 11 de septiembre", y finalizar su mandato presidencial para la posterior creación de una Constituyente, evitando absolutamente cualquier influencia perniciosa para el futuro de la revolución<sup>112</sup>.

Una vez que Alessandri estuvo amarrado a la silla presidencial, la actividad del CMR aumentó en intensidad y radicalismo. Un factor importante en este proceso de radicalización de la oficialidad fue el papel que comenzaron a adquirir sus dos principales líderes: Ibáñez y Grove.

Ambos representan la encarnación de ideales antagónicos, así como un cúmulo de personalidades, intereses y características psicológicas que los contraponen, generando un continuo roce que determinó finalmente el rumbo de la revolución. Ibáñez era un personaje de naturaleza fría y calculadora, que entendía y aplicaba a la perfección el antiguo concepto de autoridad y mando, encarnado de la tradición autoritaria y la educación prusiana, desarrollando así una extensa red de influencias y adhesiones en torno a su persona, las que le permitieron posicionarse rápidamente como el líder indiscutido de la "revolución", desde que asumió la cartera de Guerra –en enero de 1925– con la ayuda irrestricta de sus colaboradores.

Por el contrario, Grove es un elogio a las pasiones políticas y la sinceridad ingenua que proporciona el candor ideológico. Jamás tuvo la altura de miras de su contrincante. Sin embargo, gozó de un espíritu de acción superior a éste, que desde su temprana juventud forjó su carácter. Desde mucho antes de 1924, venía desarrollando una profusa labor como ensayista en el diario *La Nación*.

Con la revolución encima, ambos caudillos realizan una fatigosa labor, ya sea publicando amenazas contra políticos inescrupulosos, o bien dirigiendo los hilos del movimiento desde las logias a La Moneda. Una de las medidas más ejemplarizadoras de esta situación fue la conformación del llamado "Tribunal de Conciencia", un singular organismo –que curiosamente fue calcado en una afamada historia futurista<sup>113</sup>– y que en nuestro caso se dedicó a investigar y amenazar a una serie de "gestores" y políticos corruptos ligados al aliancismo. Para ello se elaboraron varias listas que causaron más de una polémica en los círculos civiles.

<sup>108</sup> Cfr. Charlin Ojeda, Carlos. *Op. cit.* pp. 98-99.

<sup>109</sup> Cfr. Ramírez Necochea, Hernán. *Op. cit.* p. 156.

<sup>110</sup> Comunicado firmado por Marmaduke Grove, Amaro Pérez, Alejandro Lazo y Luis Alarcón. Citado en: Charlin Ojeda, Carlos. *Op. cit.* p. 104.

<sup>111</sup> La conformación del gabinete fue la siguiente: Interior: Armando Jaramillo; Relaciones Exteriores: Jorge Matte; Hacienda: Valentín Magallanes; Justicia e Instrucción Pública: José Maza; Guerra: Carlos Ibáñez; Marina: Braulio Bahamondes; Obras Públicas: Francisco Mardones; Previsión Social: Dr. José Santos Salas; Agricultura: Claudio Vicuña.

<sup>112</sup> Cfr. Donoso, Ricardo. *Op. cit.* Tomo I. p. 404.

Tampoco en este último plano la oficialidad se dejó estar. De hecho existieron numerosos personajes civiles que le prestaron su más sincero apoyo y determinación. Fue el caso de los editores periodísticos de *La Nación* (Carlos Dávila, Conrado Ríos, Emilio Bello, Pablo Ramírez) y posteriormente *El Mercurio*, o el singular caso del doctor José Santos Salas<sup>114</sup>. Otras figuras contribuyeron a la legitimación social del movimiento militar y su estructuración como una plataforma para diferentes movimientos ideológicos que pretendieron ganarse su empeño, muchos de los cuales desempeñaron una labor significativa en el mundo político de aquellos años.

Uno de los movimientos que adquirieron fuerza en este período fue el Corporativismo<sup>115</sup>. Y con justa razón, pues en el nuevo sistema el trabajador asalariado representaba a "las fuerzas vivas no contaminadas de la República"; un *ethos* que fue muy bien explotado por la oficialidad revolucionaria.

Entre el 8 y el 10 de marzo de 1925 se efectuó en Santiago el Primer Congreso Constituyente de Asalariados de Chile, destinado a fortalecer el poder gremial y formular las bases fundamentales para una nueva Constitución Política, tal como lo venía propiciando el CMR desde enero hasta la fecha. Allí se formularon una serie de propuestas sociales y políticas entre las que destacan: la supresión del sistema de apuestas en los hipódromos, prohibición del comercio sexual, separación de la Iglesia del Estado, confiscación de los bienes eclesiásticos y la utilización de dichos bienes como albergues y habitaciones para obreros y empleados. También se planteó la necesidad de constituir un Poder Ejecutivo a través de un Cámara Funcional acorde con la estructura gremial-corporativa, con miembros revocables a partir de las bases. Por último, se expresó un voto de adhesión y simpatía frente a la URSS "República obrera y campesina en el seno del viejo mundo europeo, reaccionario e imperialista"<sup>116</sup>.

Las actuaciones desplegadas en dicha convención, así como el apoyo expresado por figuras del Gobierno —como José Santos Salas— posibilitaron la conformación del "Frente Unico de Asalariados" y el franco apoyo de dicho organismo a la prematura candidatura presidencial de Santos Salas, quien además contó con la adhesión de los arrendatarios, el Partido Comunista y la Federación Obrera de Chile (FOCH).

Un caso particular de las expresiones ideológicas del período fue el equipo editorial liderado por el afaado poeta Vicente Huidobro a través del periódico *Acción*, diario de purificación nacional. Ideado por Marmaduke Grove y el magno poeta, las páginas de *Acción* nos ofrecen un fiel retrato de la evolución de las ideas nacionalistas desde el Centenario a la revolución militar.

Este último hecho es el gran símbolo que impulsa a la juventud de orígenes medios y aristocráticos en la construcción del "Chile nuevo", ya no en el sentido de una revolución social, internacionalista y pacifista —tal como los animaba en el año '20— sino en la formulación de una vía alternativa en la construcción y toma del poder<sup>117</sup>.

Su paradigma, la revolución militar, adquiere para ellos una dimensión global ante el fenómeno internacional que representa el auge de los modelos fascistas: Primo de Rivera, Mussolini, Atatürk y los Jóvenes Turcos.

(...) nosotros queremos demostrar que hay un grupo de jóvenes dispuestos a dejarse matar, si es necesario, por crear un Chile nuevo y grande. Un grupo de jóvenes chilenos semejantes a los jóvenes turcos de Mustafá Kemal decididos a salvar la patria cueste lo que cueste<sup>118</sup>.

A partir de una serie de fascículos intermitentes, entre agosto y septiembre de 1925, *Acción* expone las bases revolucionarias de la depuración política proclamada por la oficialidad militar, a través de artículos virulentos caracterizados por la verba poético-libertaria de Huidobro. Durante los primeros números de *Acción*

<sup>111</sup> Orwell, Georges. 1984. Inglaterra, 1948.

<sup>112</sup> Médico de dilatada carrera en el continente europeo, volvió a Chile después de la Gran Guerra trabajando para el Ejército en la fundación y dirección del Instituto Experimental de Higiene del Ejército, donde desarrolló valiosas campañas y muestras itinerantes sobre los riesgos y prevención de las enfermedades sociales. Esta labor le habría brindado un fuerte apoyo popular y los elogios de la comunidad, a partir de los cuales surgió en él el interés por participar del nuevo Gobierno revolucionario, y fundamentalmente en la Presidencia de la República.

<sup>113</sup> Al contrario de lo que pudiese pensarse, el corporativismo es una corriente de pensamiento con una larga impronta en nuestro país. Desde finales del siglo XIX ha representado la bandera de numerosos movimientos políticos, sociales y económicos, en especial en el primer cuarto del siglo XX, cuando movimientos social-cristianos y nacionalistas asumían un rol preponderante en este sentido. Al respecto, véase: Saavedra Fuentes, Marcelo. "Movimiento nacionalista y proyecto de desarrollo (1910-1920)". *Revista de Historia*. Departamento de Ciencias Históricas y Sociales, Universidad de Concepción. IV(4): 133-167. 1994.

<sup>114</sup> Cfr. Charlin Ojeda, Carlos. *Op. cit.* pp. 108-109.

<sup>115</sup> Cfr. Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*. 8ª Edición. Editorial Universitaria. Santiago, 2003. pp. 191-193.

<sup>116</sup> *Acción*. Diario de purificación nacional. Santiago, 6 de agosto de 1925. Citado en: Teitelbom, Volodia. *Huidobro. La marcha infinita*. Ediciones

sale a la luz el "Balance Patriótico", un interesante ensayo del poeta, que nos revela algunas características importantes de esta primigenia corriente de pensamiento, inexorablemente vinculada con aquellas notas discordantes que atormentaron el Centenario con su halo de realismo y decisión patriótica:

(...)Y así vienen, así se dejan caer sobre nosotros; las inmensas riquezas de nuestro suelo son disputadas a pedazos por las casas extranjeras y ellos, viendo la indolencia y la imbecilidad troglodita de los pobladores del país, se sienten amos y les tratan como a lacayos, cuando no como a bestias. Ellos fijan los precios de nuestros productos, ellos fijan los precios de nuestra materia prima al salir del país y luego nos fijan otra vez los precios de esa misma materia prima al volver al país elaborada. Y como si esto fuera poco, ellos fijan el valor cotidiano de nuestra moneda.

Vengan los cuervos. Chile es un gran panizo. A la chuña, señores, corred todos, que todavía quedan migajas sobre la mesa.

¡Es algo que da náuseas!<sup>119</sup>.

Fiel a los postulados creacionistas, Huidobro nos plantea la necesidad de construir un nuevo orden por sobre las viejas estructuras oligárquico-tradicionales; los apellidos "vinosos" y "bancosos", así como las reacciones del hombre-masa; "(...) De la mera comunión de vientres no resulta una patria, resulta una piara. Socios no es lo mismo que ciudadanos". Por el contrario, necesitamos "un ariete para destruir y un alma para construir"; una fuerza que supere las vallas dialécticas en la construcción de un hombre nuevo y la necesidad de un caudillo que encauce dichas energías hacia un sentido superior:

(...)En Chile necesitamos un alma, necesitamos un hombre en cuya garganta vengan a condensarse los clamores de tres millones y medio de hombres, en cuyo brazo vengan a condensarse las energías de todo un pueblo y cuyo corazón tome desde Tacna hasta el Cabo de Hornos el ritmo de todos los corazones del país.

Y que este hombre sepa defendernos del extranjero y de nosotros mismos<sup>120</sup>.

Como puede apreciarse, el sentido de lo "nuevo" y lo "revolucionario" adquiere en *Acción* una intensidad que llega hasta el paroxismo. Ante todo, asumen que es una misión radical cuya tarea debe ser emprendida por jóvenes de cuerpo y espíritu, sin importar las consecuencias:

Entre la vieja y la nueva generación, la lucha va a empeñarse sin cuartel. Entre los hombres de ayer sin más ideales que el vientre y el bolsillo, y la juventud que se levanta pidiendo a gritos un Chile nuevo y grande, no hay tregua posible.

Que los viejos se vayan a sus casas, no quieran que un día los jóvenes los echen al cementerio<sup>121</sup>.

La imagen que dicho nacionalismo revolucionario produjo en la opinión pública se traduce en estupor y maledicencia. Se les acusa de militaristas, pese a que el apoyo militar va a ser cada vez más escaso. En la edición del 7 de agosto lanzan un polémico titular: "Gestores administrativos y políticos peligrosos. Informe reservado del Tribunal de Conciencia", donde efectivamente se da conocer una de las famosas listas inquisidoras de la oficialidad, lo que le costó —entre otras cosas— una contundente paliza a su novel director<sup>122</sup>.

Todas estas situaciones terminaron con el voto de censura del Gobierno ante el apoyo omnisciente del ministro Ibáñez, lo que finalmente se tradujo en el cierre definitivo de la publicación en noviembre de 1925. Lograrían editar un segundo diario llamado *La Reforma*; "La Acción pedía Reforma. La Reforma pide Acción", jugaban con las palabras, sin embargo, este último medio no alcanzó la cobertura que esperaban.

BAT. Santiago, 1993. p. 128.

<sup>119</sup> *Acción*. Diario de purificación nacional. Santiago, 6 de agosto de 1925. p. 2.

<sup>120</sup> *Ibid.*

<sup>121</sup> *Ibid.*

<sup>122</sup> Entre los oscuros nombres aparecidos en la lista figura la plana mayor del alessandrismo en ese momento en el poder: Cornelio Saavedra, Héctor Arancibia, Pedro Rivas Vicuña, Carlos Alberto Ruiz, Galvarino Gallardo Nieto, Eulogio Rojas Mery, Francisco Huneeus, Luis Claro, entre

Ya a esa altura, Vicente Huidobro se sentía absolutamente comprometido con la causa revolucionaria. De hecho preparaba pacientemente su campaña presidencial apoyada por intelectuales, vanguardistas y un reducido núcleo de jóvenes fanáticos, que en su gran mayoría no cumplían con los requisitos electorales necesarios para votar por su candidato.

Tanto él como Salas verían pasar su sueño de entrar a La Moneda con la "banda presidencial" ceñida al pecho. La única diferencia fue que Huidobro ni siquiera fue nombrado en los escrutinios finales.

Otras reacciones menos significantes que surgieron de este reverbero ideológico que fue 1925, vinieron de las fuerzas alessandristas agrupadas en la antigua Alianza Liberal. Fallecida tras la Revolución de Septiembre, esta inescrupulosa fuerza política se hallaba dispersa bajo una serie de células que respondían tan sólo bajo la influencia de su caudillo presidencial.

Ya en 1925 había adquirido un poco más de fuerza la idea de un "Frente Civil Unico", promovido por jóvenes radicales como Santiago Labarca y Carlos Vicuña. En abril de ese año, el Partido Radical realizó una Convención en la ciudad de Chillán, donde reforzó la concreción de estas ideas. Estas finalmente fueron rechazadas, tanto por la oficialidad —de la mano de Grove, que pidió una explicación al respecto— así como por la inmensa mayoría ciudadana y la clase pensante, que adhirió profusamente a la integridad cívico-militar a través del "Frente Civil Republicano", que agrupaba a intelectuales y políticos de todas las tendencias así como a los sectores trabajadores, todos los cuales simpatizaron con la consabida candidatura de Salas<sup>123</sup>.

De esta forma, se legitimaba completamente la participación militar en los procesos políticos y sociales que vivía nuestro país tras la muerte del parlamentarismo criollo.

Extirpadas las fuerzas reaccionarias, sólo restaba la depuración de las propias fuerzas progresistas que en aquel entonces se disputaban el poder, y donde se produce una de las transformaciones más significativas del desarrollo sociopolítico chileno, entre 1925 y 1931, a través del llamado "Chile nuevo"<sup>124</sup>.

casi una treintena de acusados.

<sup>123</sup> Charlin Ojeda, Carlos. *Op. cit.*, pp. 213-215.

<sup>124</sup> Una visión completa del período revolucionario 1924-1932 puede ser consultada en nuestro trabajo inédito, *Los militares, la política y el cons-*